

Brecha

AÑO I

ARTES

NOVIEMBRE DE 1956

LETRAS

NUMERO 3

Secretario del Consejo de Redacción: Arturo Echeverría Loria. — Teléfono 5640 - Apartado 1157 - San José, Costa Rica

Edita: BRECHA Ltda. — Registrada como material de segunda clase en la Oficina de Correos de Costa Rica — Precio: 1 colón

Esta vieja torre fue levantada por el capricho de un hombre, de un hombre solo que valía por muchos.

Para todos los edificios públicos de la ciudad hubo que consultar la opinión general y buscar apoyo en ella. Los hombres se agruparon para levantarlos y se prestaron ayuda unos a otros, porque eran obras sociales y respondían a una necesidad por todos sentida.

Este Fortín es obra individual que a nadie sirve y a nadie interesa.

Por eso no hubo quién interviniera para idearlo y ninguno ayudó a levantarlo.

Esta individualidad lo singulariza y lo señala.

En ninguna otra parte del país existe construcción tan rara, tan peculiar, tan diferente de todas las demás.

La hizo don Fadrique Gutiérrez, él solo. Contra la opinión de todos cuantos la motejaban de inútil y de tonta.

La hizo para satisfacer un deseo de su alma inquieta y para que creciera y se alimentara una ambición que le mordió toda la vida.

Dos cosas han de pensarse en torno a esta obra extravagante: que cristalice un caprichoso impulso de su fantasía, excitada por todo lo que era novelesco, o que fuese una secreta ansia del militar aventurero que fortificaba una plaza para esperar, cualquier día; una aventura de armas y conquistar la Presidencia de la República.

Ambas cosas son la verdad: el hombre obedeció a aquella inquietud y a esta ambición.

Homenaje de BRECHA

Del libro

Fadrique Gutiérrez

Hidalgo extravagante de muchas andanzas

Por Luis Dobles Segreda



SAN PEDRO, escultura de Fadrique Gutiérrez.
Xilografía de Francisco Amighetti

Nació Fadrique Gutiérrez en Heredia.

Como en las fastidiosas biografías de estilo, ha de comenzar ésta por el principio, porque se

inicia la vida de este ciudadano de manera tan peculiar, que puede ser simbólica al través de toda ella.

Pocos podrán gloriarse de ha-

ber nacido allí donde Fadrique Gutiérrez nació. Lo parió la tierra, estremecida y agitada. En la Plaza Pública.

Al arrimo de los corpulentos higueros que entonces llenaban de sombra ese soleado Parque Central de hoy.

Ante las miradas curiosas de todos y ante la admiración de los que se pasaban al niño, de brazo en brazo, como si fuese un hijo de la ciudad.

Extraña nascencia, bajo el cielo abierto, que apenas medio velaba la lona de una tenducha de carpaña, y ante la ciudad reunida y agitada en torno.

Tan original manera de venir al mundo parece el anuncio de una vida entregada, por entero, a las cosas públicas.

Y realmente así lo fue.

¿Habréis supuesto que fuera hijo de maromeros o gitanos y saliese de un vientre que abrió la miseria, bajo el sol, porque no encontró techo a qué ampararse?

Os equivocáis de medio a medio.

Ilustres padres los suyos, sin que lo fueran mucho: Blas Gutiérrez, de ponderado ingenio y bastantes reales, y Mercedes Flores, de notoria belleza, mucha aristocracia, pues era flor en la "Ciudad de las Flores" y de una bondad que se le salía por los poros.

De rango y postín los dos.

Pero he aquí una de las más raras coincidencias de la vida.

Y es que el recién nacido vino a inquietar el claustro materno la noche del siete de setiembre de 1841, cuando los terremotos de San Antolín, conmovían la

ciudad y toda entera vivía en las plazas, bajo tiendas de campaña, como aduar de nómadas.

Muchos años después, el hombre ya maduro, respondía como un andaluz a don Tomás Guardia que, ya Presidente de la República, lo felicitaba por un hecho glorioso.

—¿Y no temblaste, Fadrique?

—Yo no. Ellos debieron temblar al verme, como tembló la tierra cuando nos vimos la primera vez.

Nao tremas terra, que eu nao te faco nada.

— o —

Cuentan que el niño fue casi genial, pero no sé hasta dónde esta genialidad fuese leyenda de campanario.

Consta, sí, que aprendió latín en seis meses bajo la dirección de don Manuel Sáenz Reyes. Latín que bien le sirvió para hacer cierta clase de mistificaciones, que le dieron prestigio de embrujado ante los ojos vulgares, y de hombre sagaz y erudito ante las gentes cultas.

Consta también que fue, durante muchos años, el herediano que recibiera más joven, apenas cumplidos los quince años, su Diploma de Bachiller en Filosofía.

De él hizo públicos y elocuentes elogios su profesor de Filosofía y Ética, don Gregorio Trejos, el patriarca que paseó las más luengas y honradas barbas que hayan prestigiado a mi ciudad de Heredia.

Fadrique Gutiérrez era artista ante todo y sobre todo. Artista que no descuella porque no estudia, ni tiene sosegada ocasión de realizarse, pero que hace arte por intuición y por herencia, arte que entonces no superaba ningún otro hombre de la ciudad.

Y sobre ser artista era varón de gran curiosidad intelectual: el que trajo la primera linterna mágica con que solía maravillar y fascinar a las gentes. El que aprendió de primero el uso de la fotografía de ferrotipo, llenando de satisfacción y orgullo a los que venían a situarse frente a su objetivo.

Fue también el químico más popular por sus fantasmagorías vistosas con que anclaba a diario combinando sales y ácidos, y produciendo efectos raros, como un Paracelso criollo, embobando a las personas supersticiosas, que eran y siguen siendo las más.

Pintaba y esculpía, aficiones que

cultivó sirviendo como aprendiz, primero de un italiano radicado en San José, el señor Francisco Fortino, y luego con un francés, Monsieur Paul Bigot.

Fortino le enseñó italiano, porque, a pedimento de don Fadrique, sólo en ese idioma le hablaba, pues el mozo tenía en sus venas sangre de artistas italianos, de la que se manifestaba, más que satisfecho, engraido.

Angelo Uriza llegó a Costa Rica en los últimos días de la Colonia. Era arquitecto y decorador nativo de Florencia y dirigió aquí la construcción y adorno de varias iglesias.

Este Angelo, que tal vez lo fuera, traía no sólo su escuadra y sus pinceles, sino también una linda muchacha llamada Andrea, rubia como un sol y pizpireta y bulliciosa como unas castañuelas.

Y no que fuera salida de la cintura, sino que por ser cosa de tentación, dió bastante que hablar a las reposadas y tranquilas damas de la crinolina colonial, que no le dispensaban sus desenvolturas de europea.

Uriza murió y la linda Andrea casó, apenas llorado el muerto, con Ramón Gutiérrez, mozo de alto rango y mucha apostura y que de ella venía apasionado.

De este feliz matrimonio nació Blas Gutiérrez Uriza, padre de don Fadrique Gutiérrez.

Heredó de su abuela, y de su bisabuelo, los rubios cabellos que peinaba y la inquietud artística que siempre le quemó la entraña.

Sus lienzos, que fueron pocos, se han perdido en esa dispersión anónima que sufren los cuadros familiares. Sin embargo, personas que la recuerdan, hablan con elocuente elogio de una galería de retratos de sus parientes en que, formando grupo, estaban los de don Ramón Gutiérrez, don Casimiro Víquez y el del famoso padre Manuel que dió tanto que hablar con sus liviandades. Ocupó esta galería todo un lienzo de la pared en esa casa que él ha-

bitó, que él construyó y que es ahora del Doctor Rodríguez. Casa que fue llamada *La Fortina* por muchos años y anduvo en solfa y en testamentos de Judas.

Quedan todavía dos retratos, admirablemente dibujados, que dicen más que todo lo que pudiera decirse en esta página.

Estuvieron en la regia sala de don Braulio Morales y son los de tan ilustre varón y su caritativa y magnífica esposa doña Esmeralda, que fue joya de gran valor, haciendo honor al nombre.

Allí los admiré, de joven, cuando esa sala fue sitio propicio a las recepciones de la aristocracia provinciana, y de allí salieron cuando cerró los ojos aquella linda cabeza de plata y corazón de esmeralda.

Revelan ellos lo que pudo ser ese lápiz inteligente, de haber tenido un maestro y un reposo.

A la contemplación de toda la ciudad han quedado milagrosamente cuatro ángeles, tendidos en actitud de vuelo, que guardan el altar mayor de la Parroquia. La simetría mató allí el talento. Los cuatro son uno solo que calcan la misma actitud, como si se mirase a un espejo que multiplicara la visión. Sólo se diferencian en un cáliz o un globo que llevan en la mano.

No alcanzaron a ser obra de arte mayor, pero así y todo, dan ocasión de conocer el dominio que tuvo del color de este don Fadrique Gutiérrez, y la gracia que animara su línea.

La última brocha gorda que corrió sobre las paredes los respetó, como un homenaje inconsciente al arte de Fadrique.

Y, al afirmar que había artista en él, no lo digo sin razón.

Un detalle, una nota de su talento artístico lo confirma.

El Padre Guzmán, cura entonces de la ciudad, que conocía las capacidades de don Fadrique y su buena fé católica, encargóle en cierta ocasión un delicado trabajo.

Quería una custodia para su Parroquia, y le pedía el proyecto.

El hombre concibió la obra y, para dar sorpresa al buen cura, chorreó de una vez la maqueta en yeso.

Don Nicolás Hidalgo, hombre de gran cultura, me decía con entusiasmo aún candente:

—¿Era bellísima! Lo más profano que Usted puede imaginarse, pero una verdadera obra de arte.

Rompió con los escrúpulos de toda clerecía y marcaba un atrevimiento del arte sobre los miramientos de los mojigatos.

¡Era Eva desnuda! Magnífica: erectos los pechos, tentadoras las piernas, admirables los brazos, levantando en alto un globo terrestre.

¡Un bello paganismo!

A los aspavientos del pequeño concilio cural, Fadrique Gutiérrez explicaba su fe sencilla, con el corazón de artista palpitante de alegría.

—Es la Belleza suprema y desnuda, levantando hacia Dios la Creación.

El buen Padre Guzmán contemplaba la obra con amor de comprensión y dolor de cura.

Sus ojos inquisidores caían confundidos sobre aquel pecho desnudo, de eróticas turgencias.

—Es la Fecundidad, Padre Guzmán. El mejor regalo de Dios a las criaturas, la fuente de la maternidad —agregaba.

—Sí, ya lo sé, Fadrique, pero...

—Ya lo sé también, Padre Guzmán... Aquí sólo triunfa lo infecundo...

Y en un arranque de despecho, tomo su obra incomprendida.

—Le amputaré los senos Padre Guzmán. Le vestiré los muslos con piel de oveja. Quizás entonces ya no será inmoral.

Del libro *Fadrique Gutiérrez*. Hidalgo extravagantes de muchas andanzas. Trejos Hermanos, San José de Costa Rica. 1954.

Por la caldeada senda

Sus obras de escultura son más conocidas. Casi todos motivos religiosos que están dispersos en los templos de la Provincia.

Los hacía en madera, la forma más socorrida de nuestra imaginación.

Habíase perfeccionado en este arte allá por los años 1858 y

1859 en que vivió en Guatemala, expatriado por causa política, pan que mordía ya a los 17 años, apenas cumplidos, y que volvió a morder cuatro veces en su agitada vida.

Fue esta primera vez expulsado por el Gobierno de don Juanito Mora, al mismo tiempo que

era extrañado del país su Ilustrísima el Obispo Anselmo Llorenue y Lafuente.

Ocurrieron motines de protesta y en uno de ellos fue hecho prisionero. mientras hacía una encendida arenga, este mozuelo imberbe; lo lanzaron al otro lado de la frontera.

Conozco como obras suyas el San Isidro Labrador de aquel pueblo montañés y el San Antonio de Belén de aquel sobrio cantón. El San Roque que exhibe sus llagas en el barrio que lleva ese nombre, en los alrededores de Barba, y el San Pedro que ilustra los Martes Santos de mi piadosa ciudad de Heredia.

De otras muchas me han dado noticias, pero sin comprobación posible.

En todas estas obras el arte padece chatura obligada. Las imágenes conservan en nuestros templos una actitud catalogada, un gesto ritual, definido de antemano, que va copiándose de una a otra escultura con servilismo que mata toda originalidad.

Curas, sacristanes, mayordomos y todas las gentes que hacen opinión en estas devociones, no las conciben de otro modo, ni las admitirían si hubiesen de sufrir la más leve mudanza.

Los santos son cosa estable e inmutable y cristalizan la invención de alguna viñeta de libro piadoso o cromó de litografía.

La rutina les impone un sello definitivo, casi obligatorio, a fin de que los devotos sepan siempre a quién veneran.

El arrepentimiento de Pedro, que alguno ideó apretándose las manos, y su categoría que muestra una gran llave colgada al cinto, son el arrepentimiento y la categoría de todos los Pedros habidos y por haber, que repiten esos pacientes escultores anónimos que van llenando las urnas de los templos.

Presumo que Fadrique Gutiérrez habría hecho imágenes de alguna originalidad, de mayor movimiento, de mayor vida, más humanas, pero, temeroso de que corriesen la misma fortuna que su custodia, encerraba su talento creador dentro del molde ritual de uso corriente.

Por eso respondía su fino espíritu, con resignado desconsuelo, cierta vez que, ante una troza informe, exclamaba Nicolás Solís:

—Lo que es el dón de cada uno, Fadrique. Yo de esa tuca de cedro no haría más que una carretada de leña; y vos...

—Casi lo mismo, Colás.

—Harás un San Antonio de Belén.

—No tanto, Nicolás. Lo que haré son 370 pesos en que lo he contratado. Los dos hacemos leña, pero a mí me la pagan cara porque le hago caras.

En esta respuesta escéptica se adivina todo el dolor de quien

vende su arte para ir comiendo y conoce que debe achatarlo, borrarle personalidad, para que no desentone en la hornacina donde vendrá a adorarlo la piedad sencilla, que tiene manos callosas y alma blanca.

Siempre la inevitable tragedia de la belleza suprema con el pecho amputado.

Como dijo González Martínez:

Tuércela el cuello al cisne de engañoso plumaje que da su nota blanca al azul de la fuente.

— o —

Es también obra de sus manos curiosas ese púlpito sagrado que está sobre la nave central de la Parroquia.

Queda aún en madera un trabajo suyo digno de ser admirado por el amor de arte que trasciende de él, por la originalidad y por la amplia comprensión de belleza que anima esa madera y la hace tomar apariencia de marfil.

Había sido hecha para que la chorreasen en bronce, pero como se presentaran dificultades con los fundidores, él resolvió esculpirla, como una filigrana. Me refiero al Sagrario de la Iglesia de San Isidro de Heredia.

— o —

Y ahora, cabe una nota interesante por cuanto pudiera significar, en la historia de nuestro arte, aún sin historia.

Fadrique Gutiérrez inició el renacimiento de la escultura en piedra.

Usaba para ello una piedra plomiza que él mismo había descubierto en el pueblo de Las Pavas.

Interesantes modelos de este género quedaron dispersos por la ciudad, como un renacimiento que no tuvo continuadores.

Fue el único, en su época, que se ocupara de esta suerte de escultura, rústica, pero fuerte; tosca, pero atrevida.

Después de él son muy raras las obras de este estilo que hay en el país.

—Si son de piedra deben ser de don Fadrique, no me cabe duda, porque nunca oí decir que otro las hiciera.

Así respondía a mis inquisiciones don Miguel Ramos, discípulo suyo de escultura.

Se conservaron hasta hace poco pero ya fueron dislocadas y rotas, algunas esculturas con que

adornó los antiguos estanques de nuestra cañería.

Había una fuente de tres cuerpitos sobre la que se levantaba una tosca figura de Neptuno, que está allí todavía, carcomida y rota, sobre la taza central.

Y recuerdo muy bien, porque hará cosa de treinta años que desaparecieron, dos leones que defendían las pilas laterales.

En el hocico de uno de ellos vinieron las abejas a hacer miel y yo vi al guardián con un hachón encendido quemar ese pannel.

Nunca he olvidado la escena, que casualmente presencié desde un protretillo vecino.

Veo todavía la carota del león, iluminada por el incendio, chorreando la miel en hilos de oro, entre el alboroto de los furiosos insectos que atacados huían desfavoridos.

En los mismos estanques recuerda don Basilio Pérez que había más trabajos de Gutiérrez.

En el portalón de entrada existía un gran altorrelieve de algún mérito, con las figuras principales esculpidas casi en todo el contorno.

Representaba a Rebeca dando a Simeón el agua de su pozo.

En la alberca de baños otro grupo importante estaba suspendido sobre una alta cornisa.

Era un grupo de ninfas desnudas, saliendo del agua.

Al lado Sur de la Plaza González Flores, la más antigua de la ciudad, estuvo hasta hace pocos años una fuente donde recogían agua los vecinos.

La hizo Fadrique Gutiérrez y el surtidor caía sobre la concha desde una admirable cabeza de fauno.

La fuente fue cegada cuando se construyó el Gimnasio, y concha y fauno fueron despedazados y barridos en escombros.

Como últimos vestigios de aquella época, quedaron en los estanques viejos el Neptuno encaramado sobre la fuente de los leones, hace años ciega y un efebo que se ha mantenido en pie sobre un lienzo del muro lleno de musgo y yerba.

Una tarde que visité el antiguo caserón conversé con un vejete simpático y decididor que, de niño, vió subir estas figuras y las comprende a su manera.

—¿Qué le espía tanto a ese muñeco?

—Pues por ser cosa antigua...

—Y ahora sólo ese queda. Antes había muchos. Yo los vide

hacer; don Fadrique se pintaba pa eso.

—¿A que usted no adivina pa qué servían?

—Hombre, la verdad es que...

—Pues pa espantar los zopilotes, que no vinieran a llenar el agua de cuitas.

—¿Cómo es eso? ¿De dónde ha sacado Ud. eso?

—No lo he sacado yo: una vez se lo pregunté al mismo don Fadrique y él me lo dijo riéndose. Los animales piensan que son personas y no se acercan.

Pintoresca manera de explicar esta inquietud un hombre que pretendía embellecer la ciudad.

¿En el fondo no habría sido esa la razón que movió al Municipio a permitirse ese derroche? Sólo Dios lo sabe.

— o —

Aún existen otros trabajos suyos a la contemplación de todos.

La escultura de San Pedro que ocupa el nicho central en la fachada de la Parroquia.

Los nichos laterales tuvieron también dos santos de Fadrique: Santo Domingo de Guzmán y San Rafael, que representaron a esos dos cantones vecinos del oriente. El terremoto de 1889 los tumbó a la calle donde se despanzurraron.

Esos dos jarrones que ocupan los alveolos son del italiano Giuseppe Rigioni y carecen de mérito.

En el vecino pueblo de San Pablo está también, sobre la fachada del templo, otra escultura pétrea del santo de las Epístolas, que vió la cruz en el camino de Damasco. Obra es de Fadrique.

Hay además, dos santos muy queridos de la ciudad: Pedro y Pablo, sobre la fachada de la Iglesia del Carmen.

Los bajaron ahora recién para reconstruir el templo, pero los volvieron a sus sitios de honor con la cara lavada.

Toscas y negras las dos figuras, son las dos columnas de la fe que guía los fastos de mi ciudad. El Príncipe de los Apóstoles y el Apóstol de los Gentiles. Allí están, y lo estarán por siempre, mostrando el talento natural de este artista que ya nadie recuerda.

(Del libro *Fadrique Gutiérrez*, Hidalgo extravagante de muchas andanzas. Trejos Hermanos, San José de Costa Rica 1954).

El "Fadrique Gutiérrez" de Luis Dobles Segreda

Fadrique Gutiérrez fue hombre pintoresco: artista y militar, político y hombre de letras; pintor, escultor, imaginero y poeta según se cree. Pero también revolucionario, importante secuaz de Guardia, conspirador muchas veces, y en alguna oportunidad pretendiente o candidato a la Presidencia de la República.

Hombre de excentricidades, de ambiciones, de lecturas, de planes descabellados, de sensibilidad auténtica, bien merecía este personaje semi-olvidado de la historia de Costa Rica, que se escribiera su biografía. Luis Dobles Segreda la ha escrito, a su personalísima manera, en un libro que hace justicia a su tema, pero que también hace justicia a otras cosas. A Heredia entre ellas. Porque de cada libro de Licho Dobles se desprende, como si se le saliera por los poros, el amor a su vieja ciudad. Heredia, los hombres de Heredia, la historia de Heredia, los mendigos de Heredia, las casas de Heredia, han encontrado en Dobles Segreda su cantor y su cronista. Y ha sido Heredia la única ciudad de Costa Rica que ha tenido la suerte de encontrar ese cronista y ese cantor.

Si bien a primera vista este "Fadrique Gutiérrez" de Luis Dobles Segreda pareciera ser un libro fragmentario, hecho como en retazos de pequeñas crónicas y personales recuerdos, una vez terminada su lectura aparece que es obra redonda y completa. Un pincelazo aquí, allá una historia olvidada, van logrando que del libro emerjan, totales e indubitables, la figura del biografiado y la figura de su época y su ámbito.

La primera parte del libro la dedica su autor, con perspicacia y técnica singulares, no al hombre Fadrique Gutiérrez, sino a la más característica, a la más insólita, a la más personal de las obras del viejo don Fadrique: al asombroso y legendario Fortín de

Heredia, tenido por muchos, quizá por todos, como construcción de la Colonia. Y nos descubre, al través de esa torre inverosímil, el sobresaltado espíritu del hombre que un buen día decidió construirla nadie sabe para qué, y que, solitaria y excéntrica, es monumento a la par tácito y explícito a la memoria de ese rico herediano que se llamó Fadrique Gutiérrez.

Son trece capítulos de historia, de reminiscencias, de anécdotas trazadas en torno al Fortín; de cuidadosa y amena descripción de cuanto el Fortín ha sido y es; de cómo es, de las cosas para las cuales ha servido, de las leyendas que en su torno tejó la imaginación de los gamines heredianos. Y es también la historia de muchos heredianos y de muchas cosas de Heredia que vivieron y se hicieron en torno al Fortín de don Fadrique. Pareciera que el autor fuese de aquí para allá escribiendo los relatos de su Fortín sin propósito definido, pero de pronto el lector se da cuenta de que aquello es deliberado, de que (tal como en libro memorable lo hiciera Gómez de la Serna con su *Café de Pombo*) al través de aquellas viñetas se va armando, como en un juego de paciencia, la figura del Fortín biografiado, y se va despertando la curiosidad de descubrir por fin, en la segunda parte del libro, los secretos de su creador.

De modo tal que esta primera parte del libro es una obertura, inusitada pero imprescindible, a la segunda, que es la que se dedica con plenitud a Fadrique Gutiérrez. En los capítulos dedicados al Fortín, nos ha hablado Dobles Segreda de multitud de cosas, todas amenas, todas adecuadas. Y nos ha creado el ambiente y la tónica, nos ha prepa-

rado para comprender, para recibir su narración de Fadrique Gutiérrez. Sin esa primera parte, habría sido difícil escribir la segunda, o que la segunda se leyera. Pero cuando, al comenzar la segunda parte del libro, nos relata el autor cómo Fadrique Gutiérrez nació en una plaza pública, ya estamos listos para asimilar esa cosa sorprendente, y todas las demás cosas sorprendentes que nos va a mostrar sobre su "hidalgo extravagante de muchas andanzas". Y nos ha convencido, como el buen herediano que es, de que sólo Heredia pudo haber producido tan rico tipo.

Cosas de cosas hizo Fadrique Gutiérrez. Y no se sabe si fueron más interesantes sus andanzas y cuentos de escultor de santos y audaces custodias, o sus proezas de revolucionario con activa y decisiva participación en la toma del Cuartel de Artillería el 27 de abril de 1870. (¡Cómo que de su arma partió la bala que dió en tierra con el leal Coronel Bis-couby!)

Y luego, ¡qué formas desorbitadas tomó la ambición política que se le fue desatando!: por medio de la química, que él conocía, quiso hacer un Obispo de su hermano, y hay que ver cómo. Se le metió ser él quien sucediera a Guardia en la Presidencia de la República, pero se le adelantaron las circunstancias y el sucesor fue don Próspero Fernández. Se negó a conspirar contra Soto, pero le atribuyeron la conspiración, y comenzó su segundo destierro. (El primero lo había sufrido a los 17 años...)

Y la gloria de héroe del 70 se le fue convirtiendo en mala estrella, cuando la aureola del heroísmo se fue derrumbando con los años. Hasta que terminó siendo un pobre ex-militar que sólo

podía rumiar sus antiguas proezas. Y un día fue candidato a la Presidencia. Era el año 94, pero no se podía luchar contra Yglesias.

Por ahí quedan muchos santos que salieron de sus manos de escultor. Heredia los tiene a orgullo. Y queda también su Fortín, que él diseñó, él ordenó y él construyó cuando comandaba la Plaza de Heredia en los tiempos de Guardia. Queda allí como un recuerdo suyo, como un testimonio de su espíritu, y como una incógnita. Porque nadie sabe a ciencia cierta qué propósito o intención tenía tan extraña fábrica.

Escribir biografías aquí es difícil. Las fuentes de información son pocas. Pero Luis Dobles Segreda exploró y cuidó las suyas. Y de los datos que recogió, fue armando si no la crónica detallada y cronológica de un hombre, sí al hombre mismo. El hombre está en el libro, y lograr tal cosa es el principal propósito y el poco frecuente triunfo del biógrafo.

Rico, raro libro, éste que nos ha dado Luis Dobles Segreda. Asombrada biografía, estupenda crónica, penetrante y pintoresca pintura. Hay allí una época entera, hay un hombre entero, y hay una ciudad entera.

Debe haber sido libro de larga gestación. Porque tras haber publicado 19 libros en 19 años, don Luis Dobles se ha aguardado otros 19 antes de entregarnos éste. Y no es que haya estado de vagabundo. Porque todos sabemos que es hombre que no cesa de escribir. Pero larga o no su gestación, este "Fadrique Gutiérrez" conserva el encanto inefable de las cosas espontáneas, y se lee de corrido, y se olvida uno de hacer muchas cosas por estarlo leyendo.

Ahora mismo (1954), acaba Heredia de rendir homenaje a su cronista oficioso y enamorado. Y por una de esas irónicas paradojas que a veces tienen semejantes fiestas, va resultando que, con la publicación de "Fadrique Gutiérrez", es más grande el homenaje que Licho Dobles le ha hecho a Heredia, que el que Heredia le hizo a él.

Este libro sí que no se lo pagan los heredianos (ni se lo pagamos los que no lo somos) con nada.

RESPONSO DE SOLEDADES

Por Manuel de la Cruz González Luján



Para Yolanda Oreamuno en su partida

Quiebra la noche su negror en lunas
y oigo tu voz, ¡lejana amiga!,
tramotando impasible los senderos.
Vives como entonces, en aliento de soledades,
soledad de ribera sin espejos
entre riscos y peñascos sepultada.
Soledad de tu cuerpo, de tu planta y de tu mano,
soledad que vaga por las cuencas vacías,
soledad que ahoga la garganta de los perros
y gime lacerante en sus aullidos.
Soledad de la sangre estremecida
agitando su aliento de mortajas,
brecha oscura taladrada de silencios,
de congojas, de protestas y de lágrimas.
Hundida hasta el muslo entre las voces,
con el ansia colgada a tu cintura
y la sanre azotándote los flancos,
ibas sola, ¡oh amiga!, por el mundo.
No llevó tu pie sandalia de cobijo ni ternura,
ni valió la protesta, la mirada o el ruego,
sorda la voz y ahogado el sentimiento
te partió el corazón una ausencia de consuelos.
Y sin embargo, tenías suave la sonrisa,
el cuello alto y dorada la melena,
las algas cuajaron en tus ojos sus auroras
y en tu pecho el coral halló su nido.
Había en tu voz un cortejo de niños pálidos
y en ti florecieron el roble y la canela
en estallido de perfumadas y erectas geometrías
al paso fugaz de los ágiles venados.
En acecho siempre te quebró la encrucijada
con su filo de hedores y puñales,
con sus lenguas de molusco,
con su tenebrosa espera,
con sus piedras a mansalva,
con sus máscaras de plomo,
con sus larvas y gusanos.
Y así, el cuerpo se te cubrió de líquenes y esporas,
y así floreció en tu espalda la piel rugosa de las piedras
mientras la lluvia te mordía el rostro impávido
con sus dientes de hielo y lodo.
Y fuiste piedra entre las piedras,
y roca entre las rocas,
y fiera entre las fieras,
piedra blanda, roca dulce, fiera triste.
Preguntó,
y pregunto si junto a ti se hizo llanto el suspiro
cuando sentías heridas las entrañas,
cuando te rodeó la inútil siembra de cizaña
y estabas sola entre las mil pajuelas.
Sola, ¡oh mi yerta amiga!
con la misma soledad de la muerte y de la tumba
como ahora, lejana, inerte, oscurecida en la tierra,
creada por el viento, hielo entre la escarcha,
sombra entre las sombras y la bruma,
agua y agua en los océanos.
"Andabas por tierra firme",

pero te cercó el silencio,
el silencio cósmico y ajeno
de los astros repitiendo sus caminos.
Sola otra vez y para siempre,
sepultada tu hermosura en el olvido
con estrépito de roncadas caracolas
y pertinaz fijeza de lucero.
Ya no alcanza hasta tu voz mi mano
ni ya tu mano recoger puede mi canto,
mi canto arrullo de recuerdos luminosos,
aroma de una flor resquebrajada,
homenaje sin cobranzas ni protestas.

— o —

Cal y piedra junto a ti.
En tus ojos cal y piedra,
en tu boca cal y piedra,
en tu pecho cal y piedra,
cal y piedra tú, ¡perenne amiga!
Sola, ¡sola otra vez!
y junto a ti mi llanto,
lejana y solitaria en la espesura
marca de llama tu ínglima huella
la voz buscando hacia tí,
hacia tu soledad,
hasta tu recuerdo.

La poesía eterna

La Tortuga de Oro...

Por Rubén Darío

La tortuga de oro camina por la alfombra
y traza por la alfombra un misterioso estigma;
sobre su carapacho hay grabado un enigma
y un círculo enigmático se dibuja en su sombra.

Esos signos nos dicen al Dios que no se nombra
y ponen en nosotros su autoritario estigma:
ese círculo encierra la clave del enigma
que a Minotauro mata y a la Medusa asombra...

Ramo de sueños, mazo de ideas florecidas
en explosión de cantos y en floración de vidas:
sois mi pecho suave, mi pensamiento parco.

Y cuando hayan pasado las sedas de la fiesta,
decidme los sutiles efluvios de la orquesta
y lo que está suspenso entre el violín y el arco.

Al paio

Por Jorge MONTERO MADRIGAL

Yo soy bonguero...

¡Y me he quedado al paio!

Las gentes de tierra adentro no saben lo que es eso. Pero yo sí lo sé: muchas veces, navegando en el Golfo, la vela se me cayó igual que ahora y me quedé esperando, tendido en el fondo del bongo, viendo las nubes inmóviles y oyendo el silencio.

Las gentes de tierra adentro no saben lo que se siente cuando la vela se afloja y el bongo sólo se mece, sin ir a ninguna parte.

Yo tenía una mujer. Y no era mala.

Tampoco era buena sino que era... ¡como todas!

El día en que tuve un bongo, un bongo mío, hecho con mis propias manos desde la quilla hasta la punta del mástil, ese día me la llevé a mi rancho.

Entonces no supe ni por qué lo hice. Tal vez porque quería tener quién me esperara.

Pero después, ¡se me metió hasta adentro!

Pero vamos por partes.

Vivir es como navegar. Es como timonear un bongo. Hay quienes se llevan la vida por el mundo: al mar abierto. Y hay quienes se la dejan como yo, en un golfo.

Yo soy bonguero, ya lo dije. Vivía en el Golfo. Es decir, navegaba en el Golfo.

Hacia cabotaje entre el Puerto y todos los puertecillos y embarcaderos, hasta los que son sólo una estaca dónde pegar la amarra. Llevaba y traía sal, mangle y otras cosas, de aquí para allá y de allá para acá. Así toda la vida.

Me creía marinero.

Pero nunca lo fui de veras.

Para serlo es necesario navegar como los hombres: en mar abierto.

Yo siempre he navegado con tierra ante los ojos.

Porque un golfo es un golfo, y este mío es más cerrado que ninguno.

Muchas veces, pasando frente a la isla del Penal, pensé en los

hombres que viven en ella sin poder ir más allá de la orilla, y comparé su vida con la mía.

Este pedazo de mar rodeado de tierra no es más que eso: una isla. Una isla de agua, y mi vida sólo llegaba hasta la orilla, donde la espuma es una muralla, inexpugnable a veces como la de un presidio.

Podría haber navegado de veras en cualesquiera de los barcos que todos los días llegan y zarpan del Puerto.

Por la mujer no lo hice. Una mujer amarra más fuertemente que la jarcia más recia.

Cuando salía en el bongo la llevaba conmigo y si no, desde que soltaba la amarra ya no hacía más que contar las horas que faltaban para el regreso. Tenía su imagen siempre sobre el horizonte. En el lamparero de las constelaciones.

Una vez me quise ir del Golfo. No por la puerta abierta al mar, sino saltando la muralla: a tierra adentro.

Me gusta el mar, pero no puedo evitar a veces el deseo de algo más sólido. Cuando uno golpea el agua, el puño se hunde. Yo quería algo más: quería rompérmelo contra la montaña. Y tenía ganas de pararme y que el suelo se mantuviera firme bajo mis pies.

Un día le di la espalda al agua. Pero la amarra que me ataba se puso tensa; y más a cada paso que daba en tierra.

¡Hay que ver cómo amarra un par de trenzas!

Estaba anclado a mi mujer.

Muchas veces me he sentado en el Muellecito o en los tajamares del Estero a ver los botes anclados. Cuando baja la marea, los chicotes y las cadenas que sostienen las anclas parece como si se estiraran y los bongos se alejan hacia la otra orilla. Cuando sube, las anclas los hacen volver aunque no quieran.

Así ella a mí. La marea baja me soltaba cuerda y me alejaba del Golfo adentro. Pero la amarra

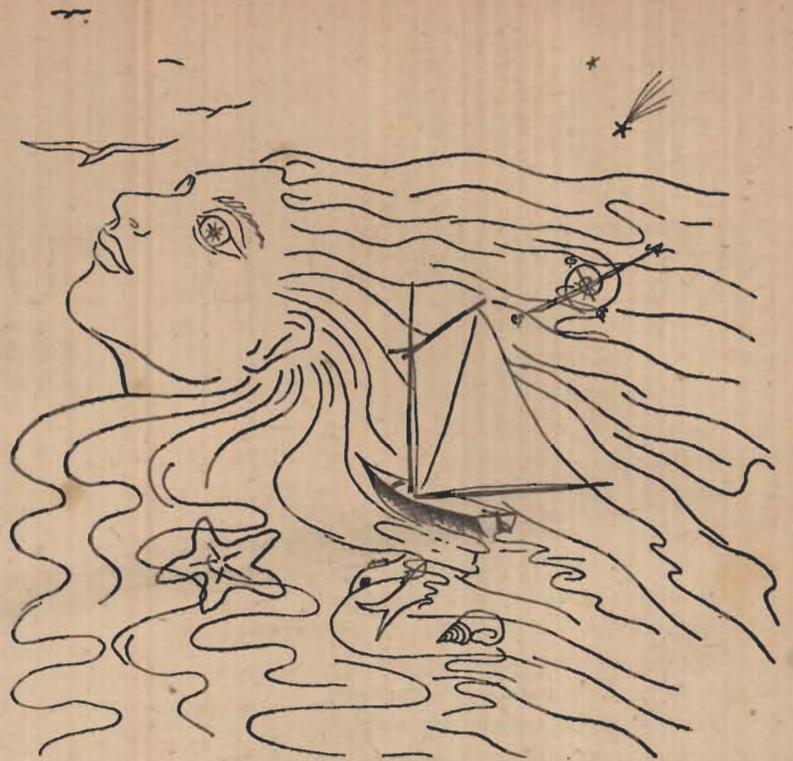


Ilustración del autor.

empezaba a ponerse tensa, sentía la marea subirme desde dentro y ya estaba corriendo por la playa hacia mi rancho.

Así he vivido: sobre un bongo; en un golfo; anclado a una mujer.

En el mar, aprende uno a tener y a guiarse por corazonadas.

A veces está el aire claro y el mar sereno, pero sin saber cómo ni de dónde le llega la corazonada. Y ya está poniendo proa hacia el embarcadero más cercano. Amarra el bongo. ¡Y estalla la tormenta!

Por una corazonada estoy al paio.

Sucedió hace unas horas solamente, en mi último viaje.

Tuve que salir a medianoche para poder entrar con la marea al puertecillo de destino.

Todo fue como siempre: desamarré y subí la vela. Sentado junto al timón volví la cabeza para ver a mi mujer de pie en el embarcadero: clara bajo la luna.

Puse proa durante un rato Golfo adentro. El cielo estaba claro. Levanté la cabeza hacia las estrellas para arrumbar el bongo. ¡Y entonces sentí eso!

Todavía no sé si fue una corazonada que me avisaba de la tormenta que se estaba preparando, o si fue la marea que me subió por dentro más violenta que nunca, poniendo tensa la amarra que me ataba al ancla. Lo cierto es que, todavía con los ojos en las estrellas, di un timonazo y viré en redondo poniendo proa hacia mi embarcadero.

Amarré como pude, temblándome las manos. Había luz en mi rancho.

Sintiendo la tempestad amenazante sobre mi cabeza, corrí por la arena.

De un empujón abrí de par en par la puerta y entonces...

¡Estalló la tormenta!

A Juan Rivas lo conocía de toda la vida. Es un chuchequero. De esos que viven como los cangrejos, pegados a las piedras de la orilla.

Ya tenía el cuchillo levantado cuando le ví la cara. ¡Y me dió asco bajarlo!

Se me abrieron los ojos y ví toda mi vida:

Encerrada en un Golfo.

Sobre un bongo.

Anclado a una mujer.

Ví que si bajaba el cuchillo sólo iba a cambiar mi isla de agua por una isla de tierra. Que iba a dejar de estar anclado a una mujer para quedar anclado a una reja.

¡Y lo clavé en la puerta!

Ya el sol estaba alto cuando pasé la boca del Golfo.

Yo no hice nada.

El viento soplabá hoy mar afuera...

Yo tenía una mujer...

¡Se la llevó un mal viento!

Esto es quedarse al paio. Sin tener adónde dirigir la proa...

El mar está tranquilo. El bongo casi no se mece y la vela no se hincha.

Se me ha quedado al paio el bongo.

Y el alma.

Estoy al paio.

Pero sin tierra ante los ojos.

Al paio...

Pero sin ancla.

Al paio...

¡Pero en mar abierto!

POEMAS DE JORGE ORTEGA CASTRO

Angustia Nocturna

Estás llena de voces antiguas y distantes.
De voces que me acechan en las horas de ayuno.
Estás llena de voces, de murmullos, de frases
que me llenan de angustia y temores profundos.

Te ocultas en la noche y me llamas cantando
como un tierno misterio de frágiles pecados.

Me llamas y te fugas y cantando me nombras
como paloma indócil al lecho y a la aurora.

Estás llena de voces como una fértil tierra
que se ofrece al arado y niega la cosecha.

Eres la estrella ardiente que muere en la mañana
para volver de nuevo cuando la luz se acaba.

Yo soy el mar anclado que gime en tus arenas
con una sed de ti que me impide beberte.
Reverbero en espumas de ansias y azucenas,
de peces encendidos y corazones verdes.

Amor no conocido más allá de tu sombra.
Amor de brazos tristes que se abrazan al viento.
Amor nunca alcanzado que a mi horizonte asoma
como flechas morenas que matan de deseo.

— o —

Deshilachando nubes de recuerdos,
me duermo en esta noche para siempre.

¿Quién mi grito de amor ha transportado,
gota a gota,
en lluvia lacerada de somnómbulos luceros?

No recuerdo.

Ayer...

Quizás siempre.
O nunca...

Derromé mis versos en el viento
para perder el olmo,
para dejarlo en el fondo del estanque
descifrándose en los ostros
para siempre.

¿Cuándo?...

A veces me parece que yo nunca he nacido.
A veces me atormento porque nunca he besado.
A veces soy feliz porque he nacido muerto.

De esta noche no vuelvo.

Penetró por mi ventana de lunas hilvanadas
como un triste rosario de recuerdos vacíos.
No un abrazo.

No una luz siquiera que lleve de la mano
a mis ojos deshechos.

Me aprisionó mi sangre como una anañá hambrienta.

He aquí mi testamento:
Buscadme en esta noche
porque de ella no vuelvo.

Mis Manos



Estoy solo:

conmigo.

Con estos pelos y esta carne que me aqueja.
Yo y mis huesos,
y todo lo que no me pertenece:
rodeado de un perenne horizonte indefinido.

Sin embargo,

las comprendo.

Salen de mí como racimos,
como las queridas uvas de mi corazón.
Las miro, y las amo,
y me amo, y vivo, y me comprendo.
Y van al cielo, al monte, al mar, a tu cintura,
como viejas golondrinas
que saben de memoria
todos los caminos.

Mis manos:

mis antiguos diez dedos infinitos.

Ellas:

sus uñas, sus palmas, mi destino.

Si pudiera ser tan sólo manos...

Manos mudas, tibias, amorosas,
tendidas a los vientos
como las copas de los viejos cedros de la noche.

Mis manos tristes en las manos de los tristes...

Mis manos dulces en la frente de los niños...

Si pudiera ser tan sólo manos.

Tres Horas Después

Hoy he visto tus ojos tan llenos de crepúsculo,
cual los cielos de un día que muriera al nacer.
Todo en ti era presagio de adiós indefinido.
Todo en ti era fracaso. Todo en mí era dolor.

Sin decir que te ibas te quedaste mirando
mis ojos con tus ojos llenos de anochecer.
Y te fuiste alejando, cada vez más pequeña,
y una gota de llanto me quemó el corazón.

Néstor Zeledón, escultor



El sutil sentido de indagar, de ver más allá de la materia, de llegar a lo profundo, lo tiene ampliamente desarrollado el escultor Néstor Zeledón.

Desde hace muchos años, este forjador de arte se ha preocupado por desentrañar la viva esencia de las cosas, ahondando apariencias, modelando ideas, buscando plasmar sus sueños en la piedra, el barro y la madera. Entre los artistas, el escultor siempre está más cerca de la naturaleza, de lo viviente, de lo humano; y en el duro bregar con la materia inerte que transforma y anima, y de la figura que observa en la tierra, en los cauces de los ríos, en las playas, en la montaña y en el desierto, a donde hay piedra, agua, madera, el escultor, como el tiempo, esculpe las edades de la naturaleza y sus caprichos.

Las razas aborígenes bebieron su inspiración en esas esculturas en que el cincel que todo lo forma, nos ha dejado solamente una leve huella, en lo misterioso; en el culto del misterio que les asombraba al ver salir el sol, nacer una planta, moverse una hoja, balbucir las primeras palabras un niño, formarse la espuma sobre la playa. Todo eso dió origen en nuestra América a las culturas religiosas y a los ritos revelantes de poéticas imaginaciones. Nuestros indios dieron vida y movimiento a la piedra, al metal, a la madera y al barro, haciéndolos mostrar, sugerir todo el horror y la mística salvaje y

extraña que formaba su vida interior y que esculpía su vida externa, su modo de ser y de dejar también de ser, es decir, su existencia integral.

Néstor Zeledón es un intérprete de ese primitivo afán de plasmar lo inasible, lo perecedero y unirlo de inmortalidad, que heredamos de nuestros antepasados aborígenes.

Su poder de observación de la naturaleza, su instinto de ver y sentir, lo acercan a lo primitivo que comprende y ama con amor de creador, de hacedor de formas.

Una de sus grandes pasiones es la animalística. La filosófica figura del Buda de los animales, el sapo; la gracia frágil del venado, la sofisticada forma de la garza, la iguana, que es el acorazado de bolsillo de nuestras costas tropicales, Zeledón los ha perpetuada en la piedra o en la madera. Y es en esta forma escultórica en la que tal vez Zeledón ha realizado su mejor obra en talla directa, en la preciosa madera de nuestros bosques o en el granito duro y rebelde, rebelde y duró como es el mismo Zeledón en su vida un tanto aventurera y en la que comparte su honda pasión por el arte de la escultura, y la de sus viajes por nuestras costas

y montañas. Zeledón, tiene en el Golfo de Nicoya una isla, y llegó a ella en su búsqueda de la piedra y ahí, en esa isla, está el mármol, una calidad de mármol que él utiliza en sus trabajos. Zeledón es un incansable investigador de nuestras tierras y costas abandonadas, busca los vestigios de culturas indígenas que florecieron entre nosotros y que ahora se manifiestan en preciosos metates de filigrana, en orfebrería y en cerámica decorada.

No fue nuestro pasado escultórico dado a lo monumental, no fueron nuestros aborígenes sino finos miniaturistas y Zeledón es como ellos, fuerte y delicado en su trabajo de escultura. No llega a lo monumental, pero tampoco lo atrae la obra de preciosismo artístico. El busca llegar a las cosas que la misma materia le sugiere, el hueco de una rama, en la que un grácil venado duerme, o el nudo grueso y nervioso que semeja una cabeza de Cristo o la desnudez de Venus. Zeledón tiene esa rara condición de artista creador, que intuye y da vida a lo intuído, realiza con plenitud las sugerencias que su imaginación le indican y hace arte de calidad, pureza y fuerza.

Zeledón también trabaja la talla artística y la imagería. Como muchos otros de nuestros

mejores escultores, su iniciación en el arte la hizo en el taller del escultor Manuel Zúñiga, padre de nuestro Paco Zúñiga. En ese taller se han fraguado muchos de nuestros artistas.

A don Manuel Zúñiga le debe el arte costarricense el haber forjado artistas que se hicieron tallando y modelando imágenes, bajo su dirección de maestro escultor, que formó artistas y artesanos a la vez, hombres cabales para enfrentarse con decisión y firmeza a la materia y a los problemas estéticos y resolverlos de acuerdo con su condición y personalidad.

Algunos reafirmaron sus conocimientos con el estudio de los eternos problemas del arte y la estética, otros como Zeledón, más cerca del cauce popular y primitivo, son menos esteticistas y más instintivos, pero a fin de cuentas, lo que permanece es la obra realizada, eso es lo que definitivamente cuenta y todos se han salvado por su sinceridad y cariño al trabajo y a la materia en que lo expresan.

Guardando las tradiciones populares, indagando en el por qué de las cosas, en lo sensible y artístico, Néstor Zeledón ha venido durante muchos años haciendo escultura, tallando la madera, amasando el barro, devastando el granito.

Con la naturalidad primitiva que lo define, Zeledón interpreta su mundo artístico, se da íntegro en la creación.

Un torso delienado, sacado de un tronco, esparce su fuerza y su serenidad, su belleza potente y reveladora de un alma que escondido estaba y ha estado perdida en los siglos y que se revela a flor de ojos, por la suavidad de los senos que sugiere; un bloque de piedra, dura materia a que se enfrenta, responde a su talento y su humildad, y se convierte en una danta granítica, pesada como el bosque, amantando a su cría; y así en todo lo que Zeledón hace, en toda su trayectoria de obrero escultor, en su vida íntegra de hombre y artista, se ha venido angustiando por la pasión que revela su ser total, como responsable creador de obras de arte originales y fuertes.

Arturo Echeverría Loría

La Toboba

OTRA HISTORIA DE TATA MUNDO

Se hallaba Tata Mundo aquel día en el potrero, picando cogollos de caña para las dos vacas criollas que estaban en ordeño, pero como llovía un poco y se mojaba, llegué de entrometido a decirle que ya él se había hecho muy abuelo para estas mojajones, y yo terminaría por él la tarea. ¿Con esas manos, chacalín, me venís a mí con ayudas? Y me gané una risa, y una burla, pero me saqué también un cuento, a más de la mojada que por no desperdiciarlo me quedé a compartir con él.

¿Lluvias conmigo? Como si no me las hubiera llevado a fanegadas, y ya viejo, en las bajuras de la costa hace unos años, cuando me fui a ventear allá mejor fortuna. Yo tengo el cuero duro, y el agua me resbala.

A más de que si a uno las vacas le dan leche, algo hay que hacer por ellas, como digo yo con los propios hombres, muchacho, si los hombres trabajan con uno y le están ayudando a vivir.

Hubo allá, entre los que se diligenciaron cómo sacar cabeza, un tal Cristián Morales, que llegó a capataz de una cuadrilla y a contratista de chapeas y de cortas, pero al que por listo y comodioso para nada que le gustaba fregarse, ni mojarse, ni digerirse los soles endiablados que te sacaban hasta el último aceite del cuerpo. Este Cristián, que por Cristián no creas que era cristiano ni por Morales muy moral que digamos, no había sabido ganarse a sus hombres, pues más bien les andaba siempre al quite en todo lo que dijera con centavos, y no les dejaba ni leche para el ternero. Asina, claro estaba, naide de entre ellos le tenía voluntad, y aunque por la necesidad le trabajan, con gusto se lo hubieran comido en chuletas y le hubieran bebido la sangre, de ser la cosa entre paganos. No siendo, pues idiay, se lo aguantaban.

Había entre éstos un nica, muy buen hombre. Nicasio se llamaba, y había sido zapatero allá, en Rivas de Nicaragua,

aunque ahora trabajara como peón en bananales. Yo le pregunté una vez por qué se había venido.

—Hombre, don Mundo, es fácil de explicarlo. Allá ganaba poco. Como me eché una novia, viera usted qué bonita, y tengo que casarme con ella, me desterré para acá, porque acá, con paciencia y un garabato, uno rejunta plata.

—Y rejunta otras cosas, también, si se descuida.

—Pues es lo que yo digo, hermano. Por eso yo me cuido, y trabajo.

¿Qué si se cuidaba el hombrequito? Nunca le supe un trago, ni un enredo de faldas; y aunque se colegía que le picaban de hormigas las puntas de los dedos cuando los otros barajaban naípe o tiraban dado, de dónde que la tentación podía con él.

Yo me amarro las ganas, don Mundito. ¿No ve que ella es muy guapa? Y se merece un hombre; no uno que otro cualquiera.

Qué bien me caía Pradito. Tanto se me apegó que hasta llegó a enseñarme las cartas que la novia le mandaba. Vieras qué tamañas cartas, dulcitas de amor del que parece puño azahar de naranjos. Yo no sé; la fotografía que de ella vide no me la recomendó mucho que digamos, porque más bien allí se le portaba fea la cara, pero Nicasio Prado la quería, y tan de veras, que la sabía mirar subida en nubes de belleza, y se persignaba con ella. Si hasta volvió a trabajar de remendón, para aumentar entradas. De noche, en el corredor de Pascuala Francis, sacaba fuerzas de no se sabe dónde, y se estaba hasta bien tarde claveteando y cosiendo. Y de día, al bananal.

—Caray, Nicasio, asina vos te vas a hacer rico— le decía Pedro Rojas.

—Con poco más, y ponés banco ya no de zapatero, sino de prestamista.

—Chocho éste más loco —lo molestaba el nica Mejía—; tánto rajarse el alma por esa riveñita.

¡Son pijadas! ¡Con la entrada que le abre a no más ver la chola Peña, acá a la mano!

—Dejátela para vos, hermano. Yo sé mis cuentas.

Claro que la sabía. Un día me confesó que ya tenía tres mil hechos un puño en el pañuelo, y que los iba a dar a guardar a míster Smith, que era alcancía segura. Yo nunca he sabido una plata más sudada y trabajada que aquella; pero él quería seguir sudándose la vida hasta llegar a seis.

—¿No ve que pienso ponerle casa a Margarita? Y con tres no me alcanza.

Ahí así estaban las cosas, cuando entró a hacer lo suyo el capataz de Nicasio. El pensó cuajar ganancia, ya lo creo; y la hizo. Se la ganó grande, y completa, como ya vas a ver. Labia le abundaba al hombre, de esas que entran flojitas en las orejas de los otros, y muy pronto convencen. Convenció al nicaragüense para que le facilitara su dinero, de modo que ambos a dos le fueran sacando crías redondamente. ¿No ves que Cristián Morales hacía adelantos de plata a cuenta de trabajo, chapeando un buen tercio para él, cuando sus peones andaban apretados de bolsa?

—Hombre —le dijo a Pradito—, me facilitás esa plata, y vamos a medias con la ganan-

cia. A estos pedigüños se les saca un buen interés.

Y al otro se le hizo la boca agua, pensó que asina se le acortaba el destierro y se le aprontaba el regreso a Nicaragua, que ni darle un chonetazo a una lora, y por ahí acabó entregándole el alma al diablo. Porque pasaron unos meses, y como el otro no resollaba, quiso pedirle cuentas, pero Cristián se le hizo el desentendido.

—Háblemele usted, don Mundo—, me pidió el zapatero.

Y yo, por si tal vez, le conversé a Morales del asunto. Susto el que me llevé cuando, tan cierto como que ahora llueve, me dijo mesmamente:

—Yo no sé de cuál plata me está hablando. Ese tal Nicasio está loco.

No insistí con él, porque me sospeché que en poco más se me iba a subir al tejado el redentor que llevo adentro y me podía ver en un pleito a matar con aquel renegado.

Se lo conté con todas las tranquilas abiertas al nicaragüense, y Nicasio se quedó callado, calladito. Te aseguro que no le pude leer en el semblante ni una letra de su ánimo. Se guardó el sér pellejo adentro, como en armario con llave, y del asunto aquel no me habló pizca más, ni nadie volvió a platicar por muchos meses. La verdad es que entre los calores, los bananos y el culebrero de aquellas bajuras, zamarradas como esa eran cosa corriente.

Hasta que un día, siendo yo "foreman" ya en la finca, me vinieron a avisar que había un macheteado.

—Es que Nicasio Prado le partió la cabeza a Cristián Morales— me dijeron.

—Otro más—, tronó míster Sand—. Bárbaros más grandes.

Por
Fabián
Dobles



Hijo mío; uno no puede nunca aceptar que hombre mate a hombre, por más sangre de satanás que el muerto haya sido ni más justicia asista al asesino, pero yo aquella vez casitico me lo dejo olvidado y me alegro de veras. No me alegré, claro está, y más bien me dolí por el pobre Pradito, que de ésta sí que no iba a poder volver por muchos años a su tierra, ni tener ya su casa y menos a su Margarita.

Peró era un nica listo. —Lo trajeron ya reo a la oficina. Y me fué diciendo:

—Diay, don Mundo, vea qué contingencia. Se me llega Cristián por la chapia, y le voy viendo así toboba arrojada en el ala del sombrero, diga usted que de cinta. Y yo por matársela y salvarle el número uno, lo voy despachando para el otro mundo.

—¿Y la toboba? —le pregunté por decir algo—. ¿Qué se hizo?

—Vea usted qué mala suerte. Se nos fué la desgraciada.

—Sí, se nos fué—se acercó y afirmó el catracho Tiburcio Andrade.

—No hubo modo—corrió a decir el guanaco Venancio Velazco.

—Ni qué más, se escurrió por la línea—aseguró el guatemalteco Juan Salguero.

—Pues yo afirmo lo mismo—remachó todavía un chiricano que también venía en el grupo.

Y asina Lorenzo Vargas y el negro Farabundo Furniss.

Yo comencé a ver claro. Aquella era la unión centroamericana en persona, saliendo como una sola voz por el nica Nicasio Pradito.

Y no hubo cómo ni dónde con ellos. A Nicasio le siguieron el proceso, pero al final tuvieron que absolverlo. Se vido el juez en unos apuros.

¿No ves que eran muchos los testigos los que, si hemos de creerles, estuvieron cuando Pradito quiso salvar de la víbora a Morales y, por atolondramiento y por la "mera desgracia", más bien le rebanó los sesos al pobre contratista?

Ah señor; qué muchachos más empecinados. Naide, ni con tractor de orugas, los pudo sacar de ahí para hacerlos cantar otra cosa, por más cruces de juramento que besaron ni amenazas de ley que les dijeron.

Y te vuelvo a decir: naide esta áutorizado con la vida del prójimo. Mas a mí todo este cuento me dejó cavilando, cavilando, porque vide cómo a veces los hombres sin buscarlo ni quererlo se juntan, y a su modo, se defienden entre ellos.

incógnita firma de algún soñador de los que en el mundo vagan: sólo un vago es suficientemente capaz, si pone sensibilidad, de querer situarse en medio de las corrientes, mirando y remirando. Ciertamente que al cabo de contemplar cristalizamos lo que llevamos oculto. Los amantes, en su arrobamiento, descubren encantos que luego, ¡ay!, se esfuman en una ilusión; para quien tiene fantasía, las líneas húmedas y sandungueras dibujan en la superficie que de continuo se escapa, figuras evocadoras, combinaciones cabalísticas, complicados cuadros que se alargan y se achican, y a fuerza de serpentear subyugan por cansancio nuestros ojos, y abren la imaginación dejando enervado el cuerpo como al iniciarse el sueño. Nadie habrá podido evadir esa abstracción propicia al encantamiento, parecida a la del viajero por ferrocarril que poco a poco se sumerge en el sopor que da el desfile atolondrado de los campos, cercas, animales y habitaciones que se quedan atrás en el raudo huracán de las escenas. Sentires, angustias y placeres brotan del subconsciente estimulado por la impetuosa inquietud, ocasionando una voluptuosa modorra; y, ¿quién ignora que en medio de ella la mente crea multitud de cosas, fantásticas las unas y las otras reales, que nos parecen engañosas?

Vistas desde abajo las rocas, tenían esa virtud del agua en curso: al enmarcar el cielo limitado a un corto cuadro, tan duro a veces, tan sombrío y amenazante por ocasiones, fingía un telón inaccesible por donde se deslizaban las grandes aves como aeroplanos, los pájaros atravesábanlo como flechas, que a veces detenía el impulso para perforar el salpique refrescante o para besar una flor silvestre; el ojo, nublado por el reflejo solar, dotaba de alas inconmensurables el busto airoso de la mujer labrada por el río, en medio de cuyos senos el agua se repartía como cabellera de discreción, y el pensamiento atrevido quería advertir debajo el desnudo maravilloso en un eterno anhelo de saltar de lo que es a lo que debería ser, y de perfeccionar lo que nos rodea para ponerlo a tono con nuestros gustos. La embriaguez que en su copa nos brinda la Naturaleza, en forma de pétalos que exhalan perfumes, hojas que trascienden, humos de

vida que el sol calienta y la brisa refresca y transporta, y se nos meten por todos los sentidos mágicamente combinados, saturando nuestra sangre, provocando la dulce debilidad de dejarnos arrebatar a la merced de un heraldo, tan blando en contacto como irresistible y subyugante.

Rato después de estar atentos al vibrante rugido, nos domina una inquietud material y espiritual: no sueño, sino reposo; no cansancio, porque se aviva la percepción; ni embriaguez, porque la conciencia se torna alerta y propicia a penetrar el misterioso contenido del sempiterno discurso de las aguas; es la conquista de éstas y la sumisión absoluta del alma a la música de su espíritu; y al ir perfilándose por dentro y cobrando armonía, nos deja sojuzgados e inmóviles, presas del mismo estupor que embarga al que confronta una maravilla.

Es la Bruja en acción. Ha dado el primer paso. Luego irá a mostrarnos los tesoros. ¿Dónde? Dentro de nosotros mismos, facilitando el ascenso hacia planos superiores y el descenso de la vida de éstos hasta nuestra pequeñez.

Los pretextos son fútiles: cada cual esconde anhelos, aspiraciones, deseos vehementes o simples esperanzas que nunca encuentran fórmula; recónditos ensueños, inhábiles para tomar cuerpo; miserables migajas de la idealidad que corresponde a nuestra aspiración de seres superiores en el mundo; fuerza inmanente sepultada en el fondo del espíritu, que muy pocos poseen el privilegio de resucitar para traducirla en versos de veras poéticos, o en palabras saturadas de vida cierta, como un juego apropiado para que en él se bañen las ideas cuando son justamente perfectas; o en párrafos musicales capaces de hacer palpar hasta lo más íntimo; o plasmándose en figuras ideales.

Esta Bruja sin escoba, propicia al ensueño, maga de almas, situada en un paraje del río, ya no existe; el agua que fue sugestivo deleite, corre mansa y sumisa por cauce de calicanto hasta donde la industria la necesita. Se deterraron los visitantes y no hay quien se tienda al abrigo del bosque entre piedras enormes, porque el desmirriado arroyuelo que sustituye el torrente salvaje carece de vigor, está privado de música y no atrae ni a los pájaros, ni a las flores, ni a los que saben y quieren soñar.

LA BRUJA

Por Fabio Baudrit

Escojo estas páginas aún inéditas del escritor don Fabio Baudrit González para BRECHA. Las copio de un manuscrito que con otros dejó el ilustre autor, sin firma y sin fecha; pero el estilo, el tema y la letra ponen de manifiesto la paternidad. No sería difícil tampoco fijar aproximadamente la fecha en que LA BRUJA, ya tantos años de haber desaparecido la evocadora poza, fue escrita por don Fabio: añoranzas muy lejanas, cuando la infancia retorna con sus cascadas, remansos, pájaros y flores maravillosos a la vida que declina.

ARTURO AGUERO CHAVES

— o —

¡No! ¡Nada de eso! No es una bruja desgreñada que vuela al aquelarre montada en una escoba: la Bruja era el nombre de una poza, en cierto lugar agreste, solitario y sombrío; la dominaban altas rocas encajonadas y enhiestas que de altura considerable dejaban caer el íntegro caudal del río, produciendo un

doble ruido interminable, el del chorro al penetrar en el remanso, ronco y sordo, y el de los gajos dispersos, que al quebrarse a ambos lados de aquel altar monolítico, ponían la nota ligera y alegre en el sempiterno concierto. La espuma simulaba la cabellera de una bañista agarrada al despenadero y las gotas volantes la cubrían como un cendal.

Para acercarnos a la Bruja había que vencer no pocos tropiezos: andar, subir, resbalar, inclinarse bajo el alambrado de las cercas, saltar un foso o yutto, para, al fin, recorriendo pesadas moles graníticas, situarse dentro del cauce mismo, en condiciones de contemplar.

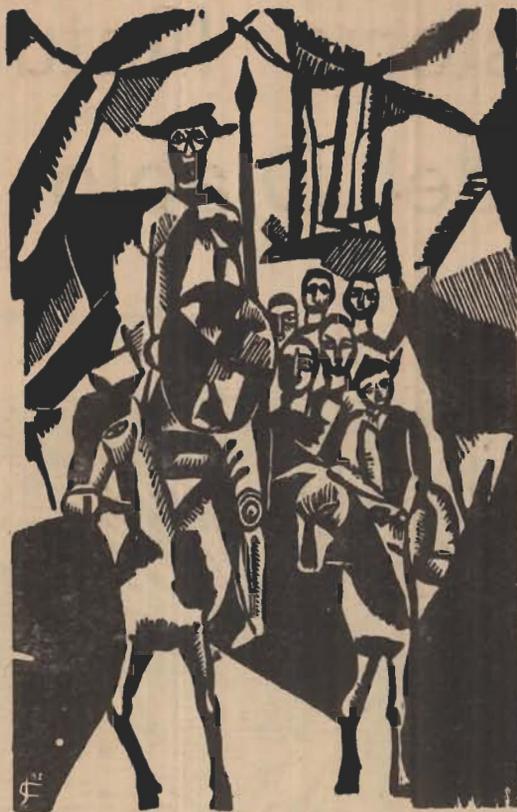
Dice el cantar español:

"Los pesares se quitan
mirando correr el agua",

receta que sin duda llevará la

“Si buen gobierno me tengo, buenos azotes me cuesta”

Allen Pérez Chaveri



En el Capítulo XXXVI de la Segunda parte de “El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha”, en carta que escribe Sancho a Teresa Panza, su mujer, abre su misiva con dos expresiones, de las cuales la que hemos puesto como título de este comentario es la segunda. Sin entrar, por esto, en las razones conyugales que al inseparable compañero del Quijote lo llevaron a manifestar tal cosa, y aún más, aprovechándonos de las breves relaciones epistolares del escudero, vamos a torcer y a retorcer tal expresión de Sancho Panza, para sacarle el jugo que a nuestros ideales de caballero mostrenco conviene. Y perdón a los escuderos de todas las órdenes conocidas!

Es en el criterio simplista de Sancho Panza donde mejor se traduce la ingenuidad matizada de socarronería del pueblo. En su jerga de rudo campesino, enmarañada en los hilos de la simpleza, pero en donde brilla la extraña sabiduría de las almas puras, se transunta el sabor de un estado y de una disposición anímica que afirma y define. Y quien afirma y define, decimos, lucha. Porque no otra cosa significa esa actitud. Epoca fue esa de definiciones y afirmaciones. Epoca es la nuestra, de definiciones y afirmaciones.

Y el pueblo iba hablando en la boca de Sancho. Incapaz de traducirse en el sutil lenguaje literario-filosófico del Quijote, crea su propia sabiduría y la lanza,

con palabra ruda, en medio de los ayes del Ingenioso Hidalgo, que deseaba otro tono y otro acento.

Claro es que, partes del mismo todo, lados de la medalla humana, Quijote y Sancho acabarán compenetrándose y firmando juntos, muy juntos, todas y cada una de sus expresiones y acciones. Pero valga la distinción. Y permítasenos seguir.

“Si buen gobierno me tengo, buenos azotes me cuesta”. Frase de Sancho, es decir, frase del pueblo. Del pueblo que ha sido, en única instancia, quien ha sufrido los vaivenes de tragedia y de dolor que la ambición y el descomedimiento de los hombres producen. Del pueblo que gana —día a día, paso a paso— su propia reivindicación y, vapuleado y dolido, llega a saber que su

liberación y su dignidad son obras de su propio esfuerzo y de los muchos, muchos azotes que en el camino ha ido recibiendo.

Frase de alta filosofía política, la de Sancho. Frase en donde, por primera vez, aparece en la boca de un rústico un destello de conciencia, que alumbró magníficamente el espacio entre “lo que gobierna” y “lo que es gobernado”...

En esa locución dijo Sancho que el buen gobierno es algo que cuesta a quien lo desea, y lo dijo en su lenguaje directo y realístico que hoy se nos antoja de resonancia metafórica. Maravilla que, en la mentalidad de ese campechano, se hiciera, de pronto, la luz. Y que lo declarara —no a su Señor Don Quijote— sino a otro rústico, es decir, a una rústica, a su esposa Teresa Panza. Escribe y pone de primero su consigna: “Si buen gobierno me tengo, buenos azotes me cuesta”. Mas —como ya en él, el asunto estaba claro— le agrega a Teresa: “Esto no lo entenderás tú, Teresa mía, por ahora: otra vez lo sabrás”. Esta frase no es sino la reafirmación de la conciencia clara y precisa que Sancho tenía ya del problema, de este importante problema que significa un buen gobierno. Teresa Panza, como una gran parte del pueblo, acaso como símbolo de la masa irredenta, no “podía” entender la frase de su esposo, el socarrón Sancho. Pero la consigna estaba dada, así en lenguaje rústico y a otro rústico...

Preciosismo y Salvajismo Literarios

Por Moisés Vincenzi

La mentalidad humana es pendular: encuentra su propio ambiente en los extremos. En cuanto al arte se refiere, no ha podido ser de diferente modo. El preciosismo de fines del siglo XIX y principios del siglo XX es una reacción pendular contra Zolá y su corte ambulante. Se llega a tal extremo en él, que la palabra, en sí misma, es el objetivo final de la belleza en lo literario. Y en las otras artes, el motivo lujoso capaz de dar pie solamente a las esbelteces del mármol, al brillo luminoso del pórfido, al encanto alucinante del oro y la faceta magnífica de la piedra preciosa.

Ahora, aburridos del salón sun-

tuoso —donde suele alojarse la verdad del amor y de la muerte—, nos situamos más allá de Zolá y no encontramos belleza más que en el lodo y la podredumbre, en el abismo del alma humana y del mundo, trocando lo feo en bello y lo bello en feo. La actitud nos ha conducido a aborrecer, en literatura especialmente, del estilo, de las formas generosas y limpias, de la gramática y del buen tono verbal, en todos sentidos.

Sin embargo, entre esos dos extremos está el epicentro de la cordura literaria. Y prueba de eso es que las grandes obras antiguas y modernas ignoran el caramelo preciosista, tanto como la

vulgaridad lingüística de los ultramodernos. Se ve en el Platón, se conoció en Heráclito el tenebroso. Se advierte en Homero y se sorprende en Esquilo, en Sófocles, en Eurípides y en Aristófanes. Se adivina en los grandes romanos y se goza en Montaigne, en Erasmo y en Bacon. Se transforma en moneda corriente en los enciclopedistas y se trueca en fiesta de equilibrio sazonado y brillante, en los mejores escritores de los últimos siglos. En Voltaire, en Renán y hasta en la literatura filosófica de un Bergson, para hablar sólo de Francia. Por otra parte, Shakespeare no es un dulzón, pero tampoco un salvaje. Cervantes tampoco. Y

los grandes escritores italianos, genios del equilibrio y de la gracia, mucho menos, desde Boccaccio hasta Leopardi —prolista insignificante, además de poeta—. Y desde Leopardi hasta ahora, sin citar a este lujurioso de las formas y de las imágenes que se llamó Gabriel D'Annunzio y que situó el preciosismo de cobertor luminoso del fondo, en subordinada función estética.

El péndulo continúa su obra, de extremo a extremo, sin importarle la cordura, el enlace de sentido con su símbolo; y el abrazo maravilloso del conjunto dentro de una visión ecuménica y eterna de la Belleza.

Aquel señor vestido de negro (el Diablo) dijo: me seduce la cortesía, hasta olvido mis principios para volverme amable, es necesario estar creando constantemente, sin embargo, se puede seguir viviendo de lo hecho y perfeccionar algunas fórmulas, la sabiduría está en aplicarlas oportunamente, eso depende del instinto y de la penetración psicológica. En el amor, la diplomacia, la amistad y el comercio, dan resultados inmediatos y producen efectos que van más allá de lo esperado. La cortesía enciende la cortesía y las gentes al contestar ofrecen lo que tienen, y como se es víctima de las propias palabras, muchas veces terminan por dar en serio lo que han ofrecido jugando. Habrán leído ustedes el Cortesano de Baltazar Castiglione, arte, filosofía, retórica, conocimientos generales, todo debe ser para el cortesano, medios de entrar en relación con sus semejantes, interesar, agradar, y engañarlos también si se empeñan.

Alfredo Sancho, muy impresionado por las palabras de nuestro extraño guía, lo interrumpió para decirle: Señor, es una lástima que usted con sus terribles conocimientos no forme parte de nuestra Universidad.

Me place haberle despertado a usted tanta admiración en tan corto tiempo, repuso el Diablo y considero que efectivamente andan mal muchas cosas, pero no se preocupe jovencito, eso no pasa sólo en San José de Costa Rica.

Soy catedrático, dije terciando en aquella conversación, reconozco todo lo que nos falta, nuestra Universidad está en la niñez, diez años de fundada, nuestros errores acaban de nacer, la de París, Bologna, Oxford tienen centenares de años.

Usted me dijo, parece discípulo de Aristóteles, necesitarían ustedes todavía mil años más, para que los errores de su Universidad tengan la dorada patina del tiempo y puedan enorgullecerse de ostentar una tradición. Si para complacer a su amigo me dedicara a la didáctica, mis opiniones parecerían completamente fantásticas. Uds. acaban de averiguar que la muerte de Cleopatra se debió a razones muy diferentes de las que aparecen en los libros de texto, mi sabiduría como la de tantos eruditos descansa particularmente en mis fuentes de información. Si les

Historia Natural del Diablo

(FRAGMENTO)

Por Francisco Amighetti



hablara de la Biblia, mis revelaciones serían desconcertantes, terminaría siendo quemado, aunque esto no es posible porque no se puede quemar al fuego mismo. Si llegara a transmitir por ejemplo mis conversaciones con Salomón, sería completamente incomprendido. He intentado hablar con Job, pero el anciano conserva su vieja costumbre de lamentarse, no ha inventado nuevos quejidos metafísicos y se repite, admito el clamor continuo cuando se trata de difundir una verdad o una mentira importante y Job se justificaba antes cuando sus lamentos llegaban hasta el cielo y resultaban estremecedores. Todo le fue

devuelto y con creces, como si la fe fuera un negocio que produce intereses. Se transformó en azucarada comedia el gran drama de sus gritos y sus llagas. Hoy nos fastidia y no consigue sino estimular nuestro ingénuo mal humor. Considero que la única solución es el fin "Sui non ama la vita non la merita" decía Leonardo.

Si alguien no debe reducirse a la nada y menos estar aquí es Job. Sancho pronunció estas palabras con los ojos inundados de una santa rebeldía.

"El cubre el rostro de los jueces" esas son palabras de Job, sobre aquel cuyo nombre es para

mí un tabú pronunciar. Usted joven, pretende explicárselo todo, cosa extraña que un poeta vaya contra el misterio y quiera convertirse en juez.

Alfredo Sancho como otro Job, lanzó un estrépito por qué no? Ultimamente el poeta se ha vuelto una especialización y una especialidad, es un experto en imágenes y no una Sibila, trafica con el subconciente, pero el poeta, usted lo sabe, puede ocuparse de todo lo que conciene al hombre.

Todo concierne al hombre y al Diablo también, ocúpese de sus asuntos y deje que los otros se despedacen, o es que tiene usted aspiraciones demagógicas. Conténtese con ver cómo discurre el agua y brota una hoja tierna. Mire cómo mueren las cosas y cómo existen, cuéntenos su sabor su carácter y su angustia o si no dedíquese a reformador social. Sea un niño, no importa a que edad, vigile el resplandor del agua en las acequias y en los charcos nostálgicos con su pequeño cielo encarcelado, mientras los otros niños crecidos asisten a los Juzgados, al Congreso o a la Universidad. Si usted no ha sido de aquellos que les pintaban bigotes a los próceres lampiños mientras el profesor explicaba la economía política o la trigonometría, está perdido. Si no fue de los que huían por la ventana del aula sobre la primera nube que pasaba está perdido, siga dibujando, no pierda esa bella costumbre, hay muchas oportunidades de aburrirse, hay tantas... reuniones... series... dibujos...

mientras los inteligentes piden la palabra, para un poeta, esa forma íntima de protesta es la más auténtica.

Todo eso no me parece mal dijo Sancho. Si mi padre hubiera participado de sus ideas, yo hubiera sido un niño completamente feliz, pero voy a decirle que coincido con usted en esencia, he dibujado y con líneas y palabras he vuelto a hacer latir el corazón de mi infancia. Cuando otros aprenden a ser adultos yo aprendo a ser niño: yo voy de vuelta cuando otros empiezan. Quiero demostrárselo; y si usted me lo permite, le diré uno de mis últimos poemas, que además es muy breve.

Adelante, contestó su interlocutor fijando su mirada en el suelo.

De todas maneras, me muero

por decir algún poema y sobre todo este que "es mío en mí".

Adelante, volyó a decir el Diabolo con impaciencia, no sé si porque deseaba que empezara a terminar lo que todavía no había comenzado.

El poeta Alfredo Sancho guardó un corto silencio, puso la frente preocupada y dijo:

Quando iba a la escuela
deletraba de memoria las casas del suburbio
con su ropa tendida de colores
y, fueron mis primeros dibujos
las casas con su cara sucia
el sombrero de su tejado y el humo.

Ese paisaje de mi infancia me sigue
y morirá en mis ojos conmigo,
con sus lluvias rezando
con sus tapias derrumbándose
con su acequia llorando.

Yo fube compañeros de escuela
que hacían sus tareas en la cocina,
con madres lavanderas
y alguna hermana que "había cogido el mal camino".

Yo miraba sin astronomía las estrellas,
fui de la generación que escuchó
cuentos de aparecidos,
antes de que los psicólogos
se encargaran de la educación de los niños.

Los ponientes nunca derrocharon tanto oro
como detrás de aquellas casas
donde descubrí la estética de la geometría
y, donde, los papelotes de los niños pobres
eran los únicos habitantes del cielo.

Por eso todos los niños de aquel barrio
eran poetas,
porque tenían al alcance de su mano
las luciérnagas
y colgaban en el viento aquellos seres
de esqueleto de bambú y alma de papel,
que se alimentan de cielo
como las banderas.

Nos gustaba, encender el fuego
y verlo danzar desesperándose en la noche,
nos gustaba contemplar el agua que huye
con su paisaje a cuestas y su carga de plata.
Nada nos costaba entonces ser poetas
bastaba con ser niños.

— o —

Muy bien comentó el diablo secándose el sudor de la frente, me cuesta ser poeta porque nunca he sido niño y por lo tanto es mayor mérito el serlo, también amo el fuego, me es grato verlo danzar, como director de orquesta, oriento sus crescendos crepitantes y sus molto basso cuando lo pongo a extinguirse para que cobre más vigor luego como en las pasiones, nada me

satisface más que comprobar que los elementos más altivos y bellos se vuelven dóciles.

Su poema está casi en prosa pero prefiero esto al soneto. En todo caso, lo felicito por haber sido el primer poeta que ha conseguido que le oiga a pesar de los muchos que existen en el infierno.

Si Ud. admite que soy un poeta, exclamó Alfredo Sancho con

la misma exaltación de antes, me impide esto acaso tomar partido sobre Job?

De ninguna manera, mírelo allá con "su cuerpo vestido de gusanos" su esposa le decía en la tierra "bendice a aquél y muérete" blasfemaba por él. Ud. blasfema ahora por Job. Todavía sigue diciendo el patriarca "y el cuerpo mío se va gastando como de carcoma, como vestido que se come la polilla". Pero conserva todavía sus podridas vestiduras colgando de sus huesos, no hay nada más surrealista en estos casos que el realismo. No lance imprecaciones ni se desespere antes de tiempo. Sus huesos son ahora tan frágiles que al menor contacto pueden pulverizarse, pronto desaparecerá, la indignación que Ud. tan teatralmente despliega no es sino la expresión de su impaciencia, váyase unos días a la orilla del mar, siga el vuelo de los pájaros, escuche el romperse de las olas, palpe la muerte de la espuma y, si le cansa ese espectáculo en su continuo renovarse, contemple a las bañistas inofensivas como focas a pesar de sus esbeltas cinturas. De-

jemos a Job definitivamente, es un fantasma de gusanos y de palabras y volvamos a lo que estábamos, la Universidad. Ud. me ha alejado de su pregunta.

No dudo de que sería un gran catedrático y llegaría a Decano instantáneamente, por mis méritos y por la ausencia de estos en los otros, el self made man, producto típico de los Estados Unidos antes de la depresión para seguir existiendo se ha transformado adoptando múltiples denominaciones que yo personifico. En este ramo de las actividades humanas mi caracterización no sería completa sin el birrete y la toga negra que parecen haber sido diseñado para realzar mi personalidad, a este fúnebre hábito de enterrador yo le añadiría la dimensión del pecado, superando a todos en sadismo con mis calculadas preguntas de inquisidor de la verdad y al disertar brotaría mi elocuencia de la más honda sabiduría, la de la serpiente. Sin embargo, yo también puedo ser sincero, la ignorancia me conviene, no puedo descuidar del todo mis intereses.

ESPERE EL NACIMIENTO DE SU HIJO
CON MAYOR TRANQUILIDAD Y ALEGRIA

LA

"CLINICA MATER"

Ofrece ahora a los futuros padres planes para contratar a un precio fijo, todos los gastos del nacimiento de su hijo, incluyendo toda intervención quirúrgica,

CON GRANDES FACILIDADES DE PAGO.

Estos planes incluyen: CONSULTAS PRENATALES,
CONSULTAS POST-PARTO
ASISTENCIA AL PARTO
HOSPITALIZACIÓN en la Clínica Mater.

USTED TENDRA

a su servicio a los especialistas en Obstetricia y Ginecología:
Dr. MAX TERAN, Dr. MARINO URPI, Dr. DANILO HERRERA
y a las obstétricas

Doña CHEPITA BRENES
Doña FLORA BRAVO

Pida informes acerca de los diferentes planes para pagar mensualmente los gastos del nacimiento de su hijo, por medio del:

Teléfono 1734

Renée

Por Saturnino Rodrigo, Embajador de Bolivia.

Volvía de Europa a bordo de un cargo.

Aquella noche transparente, el lomo del mar era un muestrario de escamas.

A bordo, después de la fiesta íntima que tenía lugar todas las noches, invadía el silencio ritmado por los incesantes chorros de agua que el vapor vertía por sus costados, al mar.

Nunca había contemplado una noche más clara y sosegada: el embrujo del mar me hizo suyo!

Después de vagar por el puente solitario me dirigí hacia el puesto de la tripulación. Ya otras veces lo hacía y entre los *matelots* tenía mis amigos.

Sus conversaciones tenían sabor de frutas raras y oían a licor; cuántas veces en las pupilas de esos viajeros eternos contemplé los países más lejanos y adiviné las más audaces aventuras...

Los *matelots* tenían la fragancia de toda la Tierra!

— o —

—¡Buenas noches! Saludé.

—¿Todavía en pie?

Me respondieron.

Sin contestarles tomé asiento sobre una enorme espiral de cable oliente a brea.

Sólo se oía el ruido apacible de las ondas violadas por la quilla gigantesca y, de vez en cuando, la campana del vigía.

—¿Un poco de tabaco?

Ya llenas las pipas y las lenguas empapadas en whisky, se descorrió el telón sobre el horizonte del Mundo.

—¿Va Ud. muy lejos?

Me interrogó alguien.

—Sí, voy a Bolivia.

—¿Está muy distante, eso?

—En Buenos Aires hay que tomar el tren y viajar sin descanso tres días y tres noches: cuatro mil kilómetros de tierra adentro.

Para aquellos hombres de mar, cuatro mil kilómetros de tierra son una cosa inconmensurable, imposible!

—Cuéntenos cosas de su tierra.

Me pidieron todos.

Mi ansia, mi fantasía y la ausencia lo hicieron todo: Bolivia era un país de prodigio.

¿Por qué no?

Y así lo encontraron los marinos.

— o —

Todavía faltaba una hora para el turno de mis amigos, que tantas veces me habían hecho viajar por las tierras a las que fueron llevados por la fuerza de la vida y de las que volvieron trayendo como recuerdo eterno. Si no un signo azul indeleblemente grabado en la piel, un germen de tristeza en el espíritu o un maldito microbio en la sangre...

¡Siempre se trae algo de donde se va!

Todavía faltaba una hora y había tiempo de conversar.

—Y Ud. Hansen, nunca cuenta nada.

—¿Para qué? He viajado poco y Ud. conoce más mundo que yo, no es cierto?

—¿Pero es que, acaso, sólo se puede contar de otras tierras?

¿No le pasó alguna aventura?

¿Nunca? Recuerde, recuerde, a ver si lo hace con este vaso más: beba ¡A nuestra salud!

Un corazón inmenso atravesado por un puñal, estaba tatuado en su tórax robusto y todo bajo

el amparo de un nombre: RENEE

—¿Renée fue su mujer?

—¡No, fue una pobre mujer!

—¿Que fue suya?

—Sí, desgraciadamente.

—No entiendo.

—Verá Ud.; era el segundo viaje que hacía de Buenos Aires a Liverpool; habíamos dejado Montevideo y ya el vapor en alta mar, descubrimos la presencia de una mujer oculta entre el carbón. Como de costumbre, dimos parte al Capitán quien no tomó siquiera el nombre de la pasajera, sería para comprometerse; había un pasajero más en el barco pero no figuraba en las nóminas, es decir que en realidad no existía... Son las leyes de la navegación.

Entre tanto, para pasar los días, la pobre mujer ayudaba a cocinar, mejor dicho lo hacía todo y creía que así sería durante toda la travesía.

Pero...

El deseo de todo el personal ya la rondaba.

¡El deseo del Hombre del Mar!

Y ella se defendía, se defendía siempre, porque sabía que dán-

dose a uno tendría que ser la presa de todos, ¡sí, de todos!

¿Quién era aquella mujer?

Era de Francia: un señor la había contratado para Buenos Aires, donde debía hacerse cargo de una casa de confecciones, iba a pagársele espléndidamente, fuera del pasaje de ida y vuelta, se le iba a pagar en pesos argentinos que, entonces, valían a veinte francos cada uno! Soñó la pobre y se embarcó.

En Buenos Aires le pasó lo que a todas las que creen en esos contratos... No pudo resistir aquello y huyó al puerto donde encontró nuestro barco pronto a zarpar. Y la teníamos allá, cobijada entre nosotros, anhelante de llegar a su patria.

¡Pero los hombres!

Una noche Renée —ah, por qué!— vino hasta mí y me dijo:

—Hansen, sólo a tí te quiero y quiero ser tuya antes de que el maldito Black me viole; no quiere darme de comer ni de beber hace tres días; también me persiguen todos los mozos y sirvientes. ¿Qué voy a hacer, qué...? ¿No me quieres??

—Y yo, señores, creyendo defenderla y salvarla, la tomé...

¡Ah! Renée...

¡Fue peor, mucho peor!

No había acabado aún de contemplar las estrellas en los ojos de Renée, cuando fuí sujetado, maniatado y amordazado; mis músculos, estos músculos que parecen de acero, crepitaron en vano, porque ante mi vista los canallas cayeron sobre la frágil Renée y pasaron sobre su cuerpo todos: los de la cocina, los del servicio, los de los hornos y los carboneros, todos, señores, todos: la tripulación entera!

Renée quedó tendida sobre un charco de sangre. Me soltaron. Corrí a socorrerla y, si señores, así fue, Renée había muerto...

— o —

El Capitán dió sus órdenes.

Sonaban las tres de la madrugada. El cuerpo de Renée fue cubierto con una lona sobre la que pinté mi corazón, a los pies se puso una bala de plomo y:

—¡Uno... Dos... Tres!

El mar se abrió cariñosamente...

Fue más bueno que nosotros.

¿Quién era aquella mujer?

Nadie sabía; yo mismo que la quise tanto, sólo supe su nombre...

Cuando el vapor arribó a Liverpool, ni se nombró siquiera a la pobre; su nombre no figuraba en los registros del barco: ¡desde que entró ya estaba muerta!



Ilustra BAKIT

Homenaje de BRECHA

El Teatro de José Fabio Garnier

Por H. Alfredo Castro Fernández

En el teatro contemporáneo de Costa Rica, el autor de más relieve es don José-Fabio Garnier por el número importante de obras publicadas y representadas, por los temas que trata e inquietudes que encontramos en varios de sus dramas: son manifestaciones de un teatro que rompe con los moldes de las comedias burguesas, con sus convencionalismos y sus falsos sentimientos: queremos decir que don José Fabio Garnier es un espíritu independiente, sincero y valiente.

Esa actitud es digna de elogio, especialmente en nuestro país donde todavía se juzga una obra literaria con parcialidad y en virtud de ciertos principios retrógrados; sobre todo, es perjudicial cuando se ataca a la libertad del escritor o del artista que se propone superarse al describir con su inteligencia y su sensibilidad nuevos horizontes, con su expresión tener en aliento al público en constante animación de vida intelectual: esa es la digna y fecunda actitud del pensador, del escritor y del artista; ésa fue la de escritores católicos como León Bloy y Francois Mauriac y ésa es también la de don José-Fabio Garnier.

Es don José-Fabio persona serena, amena, de voz reposada y de gestos reservados. De vez en cuando, subraya sus pensamientos con una sonrisa de atenuada ironía, o de bondadosa incredulidad. Nada en él es brusco o decisivo; más bien cierta unción de benedictino, lo que nos deja la impresión de un espíritu sutil, amplio, benévolo con los demás, de un escepticismo de buen tinte y, en su modo de juzgar, un

eclectico. Su cultura es vastísima. Se educó en Italia; es ingeniero, profesor, ensayista, crítico literario y dramaturgo. Conoce varios idiomas; une a los conocimientos de la ciencia los de las letras y es por consiguiente un artista y un pensador de carácter internacional.

Don José-Fabio Garnier ha escrito muchas obras teatrales —nos han dicho cuarenta— de las cuales ha dado a la imprenta quince. Sentimos de verdad no haber podido leer todas las publicadas a pesar de nuestro esfuerzo por conseguir las: muchas de ellas ya no existen y el mismo autor no las tiene. Creemos, sin embargo, poder emitir un juicio equitativo con las que hemos conseguido y que son:

- 1) En un acto: La Última Escena, Nada, El Retorno, Boccaccasca.
- 2) En tres actos: A la Sombra del Amor, Con toda el Alma, El Talisman de Afrodita.

En 1906 escribió don José-Fabio una de sus primeras comedias en un acto, EL RETORNO, en la cual ya muestra destreza en el manejo de los personajes y en la creación gradual de la emoción hasta llegar a un bello desenlace de dos almas nobles. Lidia es la novia de un joven rico, Mario. Las bodas se deben celebrar pronto. Mario y Lidia se quieren, más en esa felicidad surge el pasado de Mario. El tuvo amores con una joven italiana, Eugenia, y la abandonó dejándole una hija. Lidia le devuelve su amante.

Esta obra a pesar de la época en que la escribió el joven autor, no ha envejecido, pues está es-

crita con entusiasmo y naturalidad. El autor demuestra tener el sentido del teatro; no hay rellenos que estorben la acción y los personajes se expresan llanamente en el conflicto en que se ven envueltos; ciertamente piensan de acuerdo con las convenciones sociales de ese tiempo en que había rigidez y hasta crueldad en la sumisión a la moral burguesa. En esta comedia se debaten tres almas sinceras y nobles; nos sentimos reconfortados en este ambiente con personajes dignos y sanos de una rectitud ejemplar que reflejan la alta visión humana del joven dramaturgo.

NADA que el autor llama boceto en un acto —fue escrita en Venecia durante el invierno de 1904. En esta comedia, no es el amor el principal resorte en el conflicto entre marido y mujer; es el dinero. El marido ha quebrado fraudulentamente, llevándose a la ruina a un amigo de la familia. La esposa exige reparación al amigo y el marido promete reformarse si ella se queda a su lado.

Este acto posee, desde el punto de vista técnico, las mismas cualidades que el anterior; rapidez en la exposición, lo esencial en acontecimientos para enfrentar en un asunto de orden económico, a marido y mujer. Y un final, aunque al parecer arbitrario, feliz. La obra es equilibrada y concisa. En el choque de lo bueno y lo honrado con lo malo y lo deshonesto, triunfa lo bueno y lo honrado. Y tenemos, otra vez, la evocación de una mujer en un bello papel y el joven autor le da, un alma recta, firme en sus prin-

cipios de honradez, generosa y de corazón bondadoso.

Con LA ULTIMA ESCENA, un acto escrito durante el verano en Bolonia y pieza estrenada en el Teatro Nacional de San José el 13 de Octubre de 1910, don José-Fabio se eleva al teatro de la alta comedia; los caracteres ya no son definidos en pocas líneas y grandes rasgos rígidos, aquí ahonda las almas, les da matices, en fin, son más humanos con ciertas debilidades. Este acto está construido con habilidad; hay movimiento y la intriga o enredo se va aclarando con nuevos acontecimientos hasta el desenlace. El espectador permanece en espera, participa de la obra y la vive. Es una buena comedia en un acto: el autor está en posesión de su técnica teatral, y es de esperar, con la madurez, fuertes dramas de mayor envergadura.

En este acto afirma don José-Fabio su talento de dramaturgo; va observando la vida, entrando en los sinsabores y sufrimientos del hogar; hay en esta obra ya cierto realismo que le da consistencia y fuerza. Es cierto que el personaje principal, Irma, la esposa, es digna de las mujeres que hemos visto en el Retorno y Nada; es una mujer superior, fiel, amorosa, más firme al defender el honor de su madre.

Muy alto y generoso es el concepto que tiene el autor de la mujer.

BOCCACCESCA es un acto escrito en Certaldo, Italia, durante la primavera del año 1910. Dos personajes, dos señoras casadas, elegantes y du "meilleur monde". Boccaccasca rompe con el tono de las comedias que hemos estudiado; es un cuadro de un realismo que aterra, desorienta la mentalidad de los hombres, los deja bajo una penosa impresión de la súbita revelación de otro mundo: el de las mujeres. ¿Por qué este cuadro, este diálogo entre dos señoras nos perturba hondamente? ¿Qué hay de nuevo en él que no sepamos, nosotros los hombres? ¿Es por la expresión? ¿el estilo. No, todo el acto está escrito en la misma forma que las comedias anteriores, y sin embargo nos sentimos desorientados, como si nuestros pensamientos y sentidos no estuvieran al tono de lo que leemos. La explicación está en que bruscamente el autor ha cambiado de óptica. Siempre un escritor ve,

siente y juzga o crea con una visión de hombre, con la mentalidad de lo que el hombre ha creado; las sociedades humanas y sus reglamentos a los cuales las mujeres se someten, se asimilan y adaptan a pesar de que ellas son otra cosa, pues pertenecen tanto fisiológica como psicológicamente a otro mundo del todo diferente al del hombre. Los autores, hombres y mujeres, escriben con la óptica del hombre. En este caso de Boccaccasca, don José-Fabio Garnier pasó al campo de las mujeres, al mundo de ellas, y nos dió un acto con la óptica de la mujer y de ahí algo crudo, amorál, podríamos decir cínico, sin darle a esta palabra nada de peyorativo.

En el teatro de don José-Fabio Garnier no se encuentra otra obra del tono de Boccaccasca y pareciera que después de haber mostrado tipos de mujer de belleza moral que para el lector representarían su concepto femenino, por ironía o burla, nos muestra el revés de la medalla diciendo: ahí está la verdad de las cosas. No es en vano que habíamos notado que en su conversación, don José-Fabio subraya ciertos de sus pensamientos con una sonrisa de escepticismo...

En plena posesión de la técnica teatral, y los años habiéndole dado una visión más real de la vida, don José-Fabio publica en 1921 una gran obra en tres actos: *A la sombra del Amor*; este drama es para nosotros una de sus mejores piezas de teatro. *Pieza sólidamente construida escrita en un idioma puro, vigoroso, emocionante.* La vehemencia de las pasiones nunca toma un tono enfático, lo que da a las tres jornadas una elevación espiritual que nos procura una entera satisfacción.

CON TODA EL ALMA. Drama en un preludeo, un interludeo y un epílogo fue publicada en 1929. En este drama además de los papeles de mujeres resalta el del hombre muy seguro de sí mismo y de fuerte temperamento. Al saber que su mujer le es infiel, decide romper con ella y que no se vuelvan a ver. Adriana seguirá su vida en otro país bajo otro nombre y él también se irá y tomará otro apellido. El hijo que tienen, Raimundo, el marido lo educará y nunca ella podrá volver a verlo ni sabrá de él.

Pasan los años: Raimundo es-

tudia en la Universidad: se ha enamorado de Violeta, una cortesana, y desea casarse con ella. Ante la revelación de que su hijo hubiese podido ser su amante o esposo, Violeta se da la muerte. Raimundo desesperado abraza el cuerpo de Violeta y el padre le dice: "Sólo muerta podías besarla con toda el alma". En este corto relato no hemos podido mostrar los matices en el desenvolvimiento de las pasiones creadas por una excepcional situación dramática de un severo realismo. Este drama es penoso: don José-Fabio roza las morbosas manifestaciones del amor, casi es el incesto, adelantándose al teatro contemporáneo que estudia las misteriosas complicaciones freudianas.

Nos queda por analizar "El Talismán de Afrodita", comedia dramática en un preludeo, un interludeo y un epílogo que fue estrenada en la noche del nueve de Junio de 1929 y publicada en abril del mismo año. En este drama el autor pareciera modificar su técnica dándole más amplitud y haciendo moverse un número mayor de personajes que acompañan a los principales que son: El Padre, La Madre y el Hijo. Es decir que la acción no es claramente definida y rápida como en los dramas anteriores. En el preludeo asistimos al gravísimo

problema del aborto en la mujer. El autor no lo sienta en forma de tesis, más lo toma en un caso particular y es la mujer encinta de hombre desconocido, la que considera el ser que lleva en sus entrañas sagrado y prefiere romper los lazos del matrimonio antes de cometer el aborto, para ella un crimen. Este problema moral, no es, sin embargo, el tema de la obra: es el de la Madre que con su cuerpo, el Talismán de Afrodita, salva a su hijo (no el del pecado, el legítimo) de la desesperación y la miseria. Aquí el cariño maternal se sobrepone a su honra. Ese sacrificio no lo agradece el hijo, por el contrario, se indigna, acusa a su madre de la deshonor que recae sobre él que ha llegado a una posición social envidiable. No le queda más a la madre que irse y dejar a su hijo ingrato.

Así termina esta pieza de teatro que, a pesar de las altas cualidades no se lleva nuestro asentimiento espontáneo como lo ocurrido con las demás. ¿Será por la amplitud que el autor le dió y por eso no encontramos la misma reconcentración, dramática que en "A la Sombra del Amor" o "Con toda el alma"? En esta apreciación cabe sobre todo tener en cuenta el gusto de cada lector. No dudamos que a la representación la obra cobre más

intensidad e interés; a la lectura, hemos sentido cierta vaguedad o desorientación en el desarrollo de la acción.

Repetimos: es un sentimiento que nos es personal y que en nada puede influir sobre el valor mismo del drama.

Hemos terminado nuestro análisis de las comedias y dramas que nos propusimos estudiar: Nos queda por emitir un juicio sobre el conjunto de las obras y desprender de ellas los rasgos generales, el tono y la filosofía o visión de la vida de esos numerosos personajes que el autor ha animado para nuestro deleite y meditación.

Dijimos al principio de nuestro estudio que don José-Fabio Garnier es un espíritu independiente, sincero, valiente: creemos que del análisis de las obras ha resaltado lo independiente de su carácter en materia literaria; él no amolda su pensamiento a directrices sociales o morales; su sinceridad es patente en el modo de expresarse, con franqueza y a veces con vehemencia; en cuanto a su valentía, nos basta meditar sobre los temas de sus comedias y dramas; quien escribió Boccaccasca y lo publicó en nuestro ambiente, no sólo es valiente, es temerario. Y es con intención bien marcada que el autor puso por epígrafe a una de sus comedias

Un Seguro de Vida

es la llave del éxito



Triunfe asegurando su propio porvenir y protegiendo a los suyos al mismo tiempo.

CUANTO MAS PRONTO LO HAGA SERA MEJOR PARA USTED!

Tome el SEGURO DE VIDA que más le convenga y esa seguridad lo llevará al triunfo!

Pida informes al



Instituto Nacional de Seguros

la frase de Oscar Wilde: "No hay libros morales o inmorales sino libros bien o mal escritos y nada más."

Ese aforismo, aunque no nos satisface del todo, parece presidir la producción literaria de don José-Fabio Garnier en cuanto a su actitud intelectual: la libertad absoluta de expresión, con tal de permanecer en el campo de las letras que exige escribir bien.

¿Cuál es la impresión que nos deja el teatro de don José-Fabio? Ciertamente es la de que *sus obras no reflejan nuestro ambiente*; claro que los mismos hechos pueden ocurrir en nuestra tierra, más no hay duda alguna, no nos sentimos entre nosotros; su teatro es de fuera, sus personajes, como mentalidad y expresión, no los reconocemos como nuestros.

Aquí interviene una explicación psicológica: el autor al escribir sus piezas (las más importantes) en Costa Rica se sintió cohibido: nuestro ambiente era y es aún limitado en cuanto a su población y sus tradiciones literarias. El escritor vive siempre sobre el pasado: un hecho ocurrido en nuestro país es visto y sentido con personas conocidas y al evocarlas para su acción dramática, perturban la imaginación por estar ellas en nuestra intimidad; por otro lado, toda creación literaria se inspira, que lo queramos o no, en el fondo intelectual que nos ha formado: en Costa Rica, por el idioma le somos deudores a España y por afición a Francia: esas serían las dos corrientes que podrían constituir nuestro patrimonio tradicional y le toca al escritor escoger entre la cultura española y la francesa. Ni la una ni la otra le pueden satisfacer: pues escribir en nuestro país, obras españolas sería un error y escribirlas francesas también lo sería aunque en menor escala. No le queda más al dramaturgo que ir hacia una humanidad en general, de tipo clásico, es decir, hacia una *dramaturgia abstracta* y esa es la primera característica de las comedias y dramas de don José-Fabio Garnier.

Dramaturgia abstracta en la cual el autor elimina todo contingente que pudiera marcar una época o un lugar definido, para considerar únicamente las pasiones de sus personajes como atributo de seres humanos, no los de hombres y mujeres de una raza o

de un país, más sí, tomados en un concepto general. Tanto es así que nuestro dramaturgo no indica la ciudad o nación donde ocurre la intriga. Dice: un salón elegante, un jardín, un saloncito de recibo etc. . . en cuanto a los personajes los designa por sus nombres Claudio, Raimundo, Elena, Lidia etc. . . sin darles apellidos y en su última pieza ya son nombres comunes como El Padre, La Madre, El Hijo, La Anciana . . .

Al concepto abstracto del fondo corresponde en la forma un estilo conciso, puro, rápido, sin énfasis, ni exaltación lírica: el pensamiento está claro y llanamente expresado.

¿En qué consiste el estilo dramático? Difícil sería definirlo, y presentarnos un modelo para estudiarlo y extraer las reglas que presiden al estilo teatral; ni Moliere en eso se parecía a Corneille, ni Marivaux a Beaumarchais y entre los contemporáneos cuántos estilos diferentes y que son teatro y buen teatro.

¿Qué hay de común, en ese aspecto, entre Giraudoux y Mautherlant?

El don del escenario es innato: se nace dramaturgo como se nace novelista, compositor o pintor. Tal vez, la principal característica del autor dramático sea su imaginación de las crisis que según Paul Bourget, distingue al hombre de teatro del novelista.

Queda un hecho: una obra escrita con esmero, le da siempre un tono superior; constituye un título para su duración y en el caso que nos interesa podemos

decir que el teatro de don José-Fabio no ha envejecido: se lee como si fuese escrito en estos días; y son tantas las obras que a los pocos años tienen arrugas prematuras, signos inequívocos de agonía y pronta muerte.

La segunda observación es de carácter general: en su teatro don José-Fabio *se limitó a enfocar la clase de la mediana y alta burguesía*; el mundo donde las preocupaciones económicas no predominan y en el que el lujo y el tiempo de libertad es mayor, lo que permite el desarrollo de las pasiones con más intensidad.

Nos llama la atención al estudiar el sistema dramático de este autor la uniformidad estética de sus obras; *su visión dramática es la misma desde sus primeras piezas hasta las últimas (exceptuando Boccaccio)*. Esa constante óptica teatral ejercida en un grupo social limitado, hace que casi todos esos personajes parecen pertenecer a una misma familia. El autor ha conservado siempre un tono serio, estricto; no permitió a su imaginación divagaciones, ni fantasía, ni ridiculez; en su teatro no hay variedad de géneros: sus comedias y dramas permanecen a la misma altura y requieren, al leerlos o verlos representar, un estado de ánimo de severa concentración espiritual.

Los conflictos dramáticos siempre son provocados por el *elemento femenino* y como resorte principal, *el amor*. Es pues la mujer el personaje que resalta y los hombres representan un papel sencillo, de poca duración y por lo general cortados por el

mismo modelo: los maridos son fríos, energicos y toman decisiones definitivas ante el adulterio de la esposa; la repudian. Son, en realidad, comparsas y sirven para provocar una crisis que interesa únicamente a la mujer.

¿Qué concepto nos podemos formar de las mujeres según las obras estudiadas? Todas ellas están dotadas de altos sentimientos y de caracteres firmes: en El Retorno, encontramos dos almas nobles: Lidia y Eugenia. Amando al mismo hombre, Lidia, la novia, devuelve el amante a Eugenia de quien tenía una hija. En la Última Escena, Irma prefiere sacrificarse antes de revelar el secreto que deshonor a su madre. En Nada, Frida ante una mala acción del marido, amenaza abandonarlo y pagar de su peculio la estafa de su esposo. A la Sombra del Amor nos presenta dos temperamentos de mujeres: Clara, la madre y Magdalena la hija. Esta está casada sin saberlo, con el amante de su madre y la madre vuelve a recoger su amante. Fuerte y constante en su amor, la madre lo defiende contra su hija y esta alma noble y sincera, ante esa revelación, se quita la vida. Magdalena es un tipo delicado y emocionante de mujer. Clara a pesar de su papel odioso, no deja de impresionar por la fuerza y constancia de su amor. . . En "Con Toda el Alma", Adriana aunque casi una cortesana, se eleva en nobleza por su amor materno. En fin, en el "Talismán de Afrodita", la Madre se sacrifica para salvar a su hijo y llevarlo al triunfo.

Todos esas mujeres han tenido, gracias a la generosidad del autor, papeles privilegiados: se desprende de ellas nobleza de alma poco común. Alto concepto tiene el autor de la mujer como esposa, amante y madre, aunque, por otro lado, nos dió el cuadro de Boccaccio como para decirnos: "si eso son las mujeres, también son esto".

En las obras escritas después de Boccaccio el amor se manifiesta en las mujeres con carácter sexual; las sentimos envueltas en sensualismo; no hay en ellas escrúpulos éticos, ni matices en el amor: dicen amamos y llevadas por esa pasión, actúan con firmeza. El espectador que sabe el terrible poder del amor participa activamente en

LA SEGURIDAD SOCIAL ES LA SUPREMA ASPIRACION DE LA SOCIEDAD DE HOY

Sólo cuando los hombres conquistan el derecho a una vida sin temores y llena de dignidad, aflora la paz en los espíritus y nace la concordia en la humanidad.

CAJA COSTARRICENSE DE SEGURO SOCIAL

los conflictos acarreados por esa pasión.

En el teatro de don José-Fabio Garnier no encontramos una filiación determinante de las corrientes dramáticas de la época; es un teatro, en su técnica, moderno escrito con pulcritud y si en los caracteres no hay una honda penetración psicológica, sí se destacan por rasgos bien acentuados lo que permite al autor una acción rápida, de intensa realidad. Si quisiéramos definir en pocas palabras su teatro diríamos que es un teatro abstracto cuyo principal objeto es presentarnos conflictos dramáticos de gran efecto emocional.

¿Qué filosofía de la vida se desprende de las obras estudiadas y qué idea nos podemos formar del amor según las mismas?

Descartemos el amor en los hombres que es esquemático, sincero, fuerte y que sirve de motivo para la actuación de las

mujeres; pues son las mujeres las que representan el principal papel y son ellas las que interesan al autor.

Tal como nos las presenta en sus grandes comedias, las mujeres no salen muy aventajadas; el amor lo conciben como un acto sexual y no encontramos en ellas ningún adorno, delicadeza de sentimientos o elevación espiritual es un deseo imperioso netamente carnal y al cual ellas se someten con vehemencia y constancia, lo que les da un carácter de heroínas, pues todo lo sacrifican para conservar al amante.

De no ser así, esas mujeres no tendrían ningún valor moral ni ningún interés en los dramas; la mujer que no le da importancia a la entrega de su cuerpo, no pertenece al teatro que requiere conflictos que lleven en sí altura y desgarramientos con sus consecuencias dolorosas o trágicas. Ese amor por su intensidad y por

los sacrificios que implica, no deja de tener grandeza.

Mas no podemos borrar la idea de la mujer como hembra en busca de la satisfacción sexual; el querer oponerse a esa realidad, sería ignorarla e ir contra su naturaleza.

El hombre, por lo general, rehusa admitir ese concepto; en la mujer ve a la madre, a la esposa, a la hija y bajo esos aspectos le da todo lo más bello y mejor de su corazón: en una palabra, la espiritualiza. ¡Grande será su desilusión cuando se encuentre ante las realidades del amor!

Si lo erótico predomina en la mujer como amante, como madre es sublime: así la encontramos en dos dramas: Con Toda el Alma y el Talismán de Afrodita.

Por la forma realista de la exposición y expresión, y tal vez, por falta de espiritualidad en las mujeres, el mundo creado por

José-Fabio Garnier, es *desconsolador y de él se desprende cierto pesimismo por lo que hay en las protagonistas de fatalidad en el amor carnal que les lleva a la desgracia y la muerte.*

En resumen el teatro de don José-Fabio Garnier es netamente de tendencia clásica, en forma y fondo, si entendemos por clásico lo que de ello decía Jules Lamaitre: "El clasicismo comporta una idea de excelencia; implica una idea de claridad, sobriedad en el arte de la composición; eso quiere decir que la razón, antes que la imaginación y la sensibilidad, preside a la ejecución de la obra y que el autor domina su materia".

Esas son las cualidades que hemos encontrado en las comedias y dramas de don José-Fabio Garnier, que le dan a su teatro, una estructura sólida, fuerza y vida.

JUAN RAMON JIMENEZ Y EL PREMIO NOBEL DE LITERATURA

Por Abelardo Bonilla

La Academia de Suecia otorgó el Premio Nobel de Literatura a Juan Ramón Jiménez, el Andaluz Universal, el maestro indiscutido de las nuevas generaciones poéticas de España y América, no obstante que algunas —las americanas especialmente— se han alejado mucho de su escuela. El Premio Nobel, como todos los galardones de su tipo, nacionales o internacionales, es convencional y muy discutible en lo tocante a la apreciación literaria de quienes lo conceden anualmente, pero conserva cierto prestigio aun en los pueblos de lengua española, los que más resienten sus decisiones, como lo demuestra el interés que durante los últimos dos años ha tratado de obtener el premio para Alfonso Reyes y para Menéndez Pidal. En el caso —muy justo— de Juan Ramón, el fallo de la Academia de Suecia no obedece a la copiosa y excelsa producción de versos del andaluz, sino a una traducción de *Platero y yo*, lo que implica un conocimiento muy fragmentario del poeta, desconocido en grandes sectores de su obra aun por los lectores de habla hispánica que no son especia-

listas o admiradores fervientes del vate de Moguer.

En una obra tan vasta como la *J. R. J.*, —alrededor de cincuenta volúmenes en cincuenta y seis años de labor constante— toda apreciación es difícil y mucho más si esa obra se enfoca con propósitos puramente periodísticos y si se toma en cuenta que en los últimos años —quizá como resultado de una opinión de Juan Ramón sobre Neruda— algunos juicios han adquirido un carácter polémico, de tipo político que pretende abarcar también el campo estético. Se le cobra a Juan Ramón el ser un poeta puro, en cuya obra no asoman por parte alguna los problemas sociales de nuestra época, y de aquí se pasa a censurarle el no ser un arquitecto de grandes poemas y el excesivo y poco viril sentimentalismo de su lírica. No es desde luego Juan Ramón un poeta político, ni su obra contiene el menor aspecto extrapoético, pero quizá en ningún otro artista es tan íntima la penetración de lo lírico con lo vital. Sabe él lo que no saben los poetas propagandistas: que lo presente e inmediato resta universa-

lidad y perennidad a la poesía. Hablamos de lo vital como esencia de lo lírico, no de la vida. Esta le ha sido siempre indiferente a *J. R. J.*, que alguna vez quiso suicidarse. En una breve autobiografía nos dice: "Nací en Moguer —Andalucía— la noche de Navidad de 1881. Mi padre era castellano y tenía los ojos azules; mi madre es andaluza y tiene los ojos negros. La blanca maravilla de mi pueblo guardó mi infancia en una casa vieja de grandes salones y verdes patios. De estos dulces años recuerdo bien que jugaba muy poco y que era gran amigo de la soledad; las solemnidades, las visitas, las iglesias me daban miedo". Y en *Elegías* agrega: "Ahora esta vida de soledad y de meditación, entre el pueblo y el campo, con el rosal de plata de la experiencia en flor, la indiferencia más absoluta para la vida y el único alimento de la belleza para el corazón".

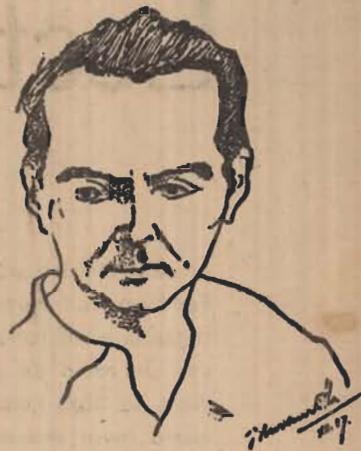
Sin embargo, todos convienen en que fue el creador de una nueva sensibilidad poética y el punto de partida de la nueva lírica española; en que su obra, de origen modernista e impresionista —impresionismo colorista y

musical de sus paisajes malvas y violetas—, es un prodigio de constante depuración de elementos superfluos en busca de una poesía desnuda y esencial. En este propósito ha sido el más consecuente y rectilíneo de los artistas contemporáneos y nos lo dice lo que él mismo ha escrito en relación con sus últimas obras, en que parece que ha logrado fundir en la perfección los conceptos de belleza y eternidad: "Los poemas que vengo publicando estos meses son de mi libro inéditos *Dios deseante y deseado*, lo último que he escrito en verso, posterior a *Lírica de una Atlántida*, *Hacia otra desnudez* y *Los olmos de Riverdale*. Para mí la poesía ha estado siempre íntimamente fundida con toda mi existencia, y no ha sido poesía objetiva casi nunca. Y, ¿cómo no había de estarlo en lo místico panteísta, la forma suprema de lo bello para mí? No que yo haga poesía religiosa usual, al revés, lo poético lo considero como profundamente religioso, esa religión immanente sin credo absoluto que yo siempre he profesado".

HOMENAJE A

Federico García Lorca

EN LOS VEINTE AÑOS DE SU MUERTE



BRECHA no puede dejar pasar desapercibida una fecha de aniversario como la que nos ocupa. En julio de 1936, murió fusilado en su España el poeta y dramaturgo Federico García Lorca.

La vasta obra lorquiana ha despertado el amplio comentario crítico y su poesía y teatro son orgullo de la literatura española. En Hispanoamérica, Federico García Lorca ha dejado una estela de buenos y malos seguidores, pues es tan subyugante, tan intensamente humana su obra literaria, que su sencillez de cristal y de agua refleja tan a lo hondo todas las pasiones humanas, que, de parecer sencilla, contagia. Y ese contagio literario con buenos y malos resultados, aún lo sufrimos en nuestras letras.

García Lorca hizo escuela literaria. Su poesía, que va desde el cantarillo simple hasta el "Poeta en Nueva York" o sus "Odas", de un surrealismo español, si se quiere, y si lo puede haber. Desentraña grietas probables en todas las almas, fronteras o territorios inhóspitos, angustias de hombre de este siglo contradictorio, rodeado de soledades y temores.

Es su poesía una forma que se asienta en la tradicional poesía española, y sus raíces están hundidas muy en lo profundo del alma, del pueblo al que comprendió, al que llegó para abrevarse en su fuente de estrellas y en su lodo y en su tierra árida o primorosamente sembrada, con el preciosísimo que se encuentra en un soneto de Góngora. García Lorca se fue al meollo de su pueblo y extrajo la materia prima que labró con primor, devolviendo a su pueblo lo labrado y mostrándole el alma que desconocía.

Cuentan los que lo conocieron personalmente, que su simpatía se desbordaba en ríos y cascadas, envolvía profusamente todo, y no había campo para otra cosa que no fuera lo que Federico decía o hablaba o planeaba. Gerardo Diego lo llama "devotísimo y disperso juglar Federico", porque en la juglería basó sus primeras manifestaciones poéticas en la Residencia de Estudiantes en Madrid hacia el año 1927, y después de ir cimentando su fama y publicando sus libros que levantaron la admiración de todos aquellos que lograban conocerlos, Federico también llegó a su pueblo con "La Barraca" un grupo de aficionados del teatro, que llevaba a la masa lo mejor del repertorio clásico español.

Fué García Lorca un restaurador del tradicionalismo clásico del teatro de Lope y de Calderón; y partiendo de esa su afición tan singular, Federico comienza ahí, junto a su pueblo, a escribir para el teatro y da un producto de calidad depurada, basado en el teatro español de eterno recuerdo, en Lope, Calderón y otros. Su obra de acción dramática, sus farsas, sus comedias, llenan el teatro español contemporáneo de obras inmortales. "Bodas de Sangre", "La casa de Bernarda Alba", "Doña Rosita la Soltera, o el lenguaje de las Flores", "Mariana Pineda" "Yerma" etc. etc., son gloria y prez de la literatura universal.

Federico, polifacético, múltiple y genial, ofrendó a su patria su inteligencia y su candor.

Hace ya algunos años, en un Julio cálido y silencioso, la Guardia Civil lo fusiló en Granada, en su Granada. Antonio Machado dice:

EL CRIMEN FUE EN GRANADA

Se le vió, caminando entre fusiles,
por una calle larga,
salir al campo frío,
aún con estrellas, de la madrugada.
Mataron a Federico
cuando la luz asomaba.
El peletón de verdugos
no osó mirarle la cara.
Todos cerraron los ojos;
rezaron: ¡ni Dios te salva!
Muerto cayó Federico
—sangre en la frente y plomo en las entrañas—
...Que fué en Granada el crimen
sabed —¡pobre Granada, en su Granada...

EL POETA Y LA MUERTE

Se le vió caminar solo con Ella,
sin miedo a su guadaña.
—Ya el sol en torre y torre; los martillos
en yunque —yunque y yunque de las fraguas.
Hablaban Federico.
Requebrando a la muerte. Ella escuchaba.
"Porque ayer en mi verso, compañera,
sonaba el golpe de tus secas palmas,
y diste el hielo a mi cantar, y el filo
a mi tragedia de tu hoz de plata,
te cantaré la carne que no tienes,
los ojos que te faltan,
tus cabellos que el viento sacundía,
los rojos labios donde te besaban...
Hoy como ayer, gitana, muerte mía,
qué bien contigo a solas,
por estos aires de Granada, ¡mi Granada!"

SE LE VIO CAMINAR

Labrad amigos,
de piedra y sueño, en la Alhambra,
un túmulo al poeta,
sobre una fuente donde llora el agua,
y eternamente diga:
el crimen fué en Granada, ¡en su Granada!

— o —

La poesía ha dicho su última palabra sobre Federico García Lorca. El gran don Antonio Machado interpretó la voz del pueblo y si Federico ya en su Granada descansa, no así los crimi-

nales que oyen repetir al viento de su patria y al de todos los pueblos libres del mundo: "el crimen fue en Granada, ¡en su Granada!"

Lectura de García Lorca

Por Alfredo Cardona Peña

El niño mágico, el niño verde,
Federico con terminación en Federico,
regresa a mi lectura
con un ramo de pámpanos bordados.
Abro su libro como abrir manzanas,
como lavar monedas en el río,
y me quedo con su ronda
de cascabeles,
y con su porción de energías audibles
donde bailan manolas y navajas
y hay una frente con un ruiseñor.
Vienen las odas pegadas al viento,
sueñas de talle y mojadas de luna,
y sus romances montando caballos.
Y su poesía
como una ciudad bulliciosa y honrada:
detrás de los sitios honorables
están los lugares nocturnos,
donde las imágenes danzan
una kermesse interminable;
en ellas fue dejando Federico
misterios populares y aromas de las villas.
(Sus coplas tienen anillos tiernos,
sus sonetos acomodan las plumas del pájaro real)

Ah dolor de jacinto
pisoteado por un coronel.
¿Dónde te fuiste, niño de los globos,
menta y guitarra, cobre de laureles,
que hacías comedias y versos
como quien pone flores en la mesa,
y te presentabas con tu carpa de feria
electrizando a las personas?
(Pablo Neruda me ha contado
todo lo que podías hacer con un pañuelo).
Eras un anís con tormenta,
eras un toronjil iluminado,
y te mataron, Federico Poesía Lorca,
te metieron un alfiler en los ojos,
te cortaron las alas
y te dejaron destrozado en un barranco
para que te comieran los caudillos.
¿Y por qué, Federico?
Porque el rinoceronte no entiende a la alondra,
porque hay militares como un cientípiés,
porque la bruja se come a la virgen,
y un poeta es el agua, y el crimen la sed.
¡Sal, que te vea iniciales de lino,
hecho azafrán de tu propia canción!

Concepto de la Poesía

Por Guillermo Díaz Plaia.

Poseemos varias afirmaciones teóricas de García Lorca sobre su poesía. Corresponden a diversos momentos de su obra; la primera, en el curso de una entrevista de E. Giménez Caballero publicada en "La Gaceta Literaria"; la segunda es una confesión, más amplia, que puede leerse en el texto —tan sugestivo— de su conferencia sobre Góngora; la tercera es una declaración verbal a Gerardo Diego y figura al frente de sus composiciones en la "Antología de Poesía Española" colectada por el autor de "Imagen". Se fechan en 1928, 1932 y 1936.

1.—"¿Cuál es tu posición teórica actual?"

Trabajar puramente. Vuelta a la inspiración. Inspiración, puro instinto, razón única del poeta. La poesía lógica me es insoponible. Ya está bien la lección de Góngora. Apasionado intuitivista por ahora". (1)

2.—"El poeta que va a hacer un poema (lo sé por experiencia propia) tiene la sensación vaga de que va a una cacería nocturna en un bosque lejanísimo. Un miedo inexplicable rumorea en el corazón. Para serenarse, siempre es conveniente beber un vaso de agua fresca y hacer con la pluma negros rasgos sin sentido... Va el poeta a una cacería... Delicados aires enfrían el cristal de sus ojos. La Luna, redonda como una cuerna de blando metal, suena en el silencio de las ramas últimas. Ciervos blancos aparecen en los claros de los troncos. La noche entera se recoge bajo una pantalla de rumor. Aguas profundas y quietas cabrillean entre los juncos... Hay que salir. Y este es el momento peligroso para el poeta. El poeta debe llevar un plano de los sitios que va a recorrer y debe estar sereno frente a las mil bellezas y a las mil fealdades disfrazadas de be-

lleza que han de pasar ante sus ojos. Debe tapar sus oídos como Ulises frente a las sirenas, y debe lanzar sus flechas sobre las metáforas vivas y no figuradas y falsas que le van acompañando

Momento peligroso si el poeta se entrega, porque como lo haga no podrá nunca levantar su obra. El poeta debe ir a su cacería limpio y sereno, hasta disfrazado. Se mantendrá firme contra los espejismos y acechará cautelosamente las carnes palpitantes y reales que amornicen con el plano del poema que lleva entrevistado. Hay a veces que dar grandes gritos en la soledad poética para ahuyentar los malos espíritus fáciles que quieren llevarnos a los halagos populares sin sentido estético y sin orden ni belleza". (2)

3.—"Pero ¿qué voy a decir yo de la poesía? ¿Qué voy a decir de esas nubes, de ese cielo? Mirar, mirar, mirarlas, mirarle y nada más. Comprenderás que un

poeta no puede decir nada de la Poesía. Eso déjasele a los críticos y profesores. Pero ni tú, ni yo, ni ningún poeta sabemos lo que es la Poesía.

Aquí está: mira. Yo tengo el fuego en mis manos. Yo lo entiendo y trabajo con él perfectamente, pero no puedo hablar de él sin literatura. Yo comprendo todas las poéticas; podría hablar de ellas, si no cambiara de opinión cada cinco minutos. Puede que algún día me guste la poesía mala muchísimo, como me gusta (nos gusta) la música mala con locura. Quemaré el Partenón por la noche para empezar a levantarlo por la mañana, y no terminarla nunca.

En mis conferencias he hablado a veces de la Poesía, pero de lo único que no puedo hablar es de mi poesía. Y no porque sea un inconsciente de lo que hago. Al contrario, si es verdad que soy poeta por la gracia de

Dios— o del demonio— también: lo es que lo soy por la gracia de la técnica y del esfuerzo, y de darme cuenta en absoluto de lo que es un poema". (3)

Un breve comentario bastará para fijar estas actitudes. En 1928 García Lorca se declara "apasionado instintivista". Más que la lógica, rehuye García Lorca el mundo mecánico del ultraísmo. Instinto, aquí, equivale a corazón. La poesía debe circular como una vena de ternura alrededor de los temas eternos: vida, amor, muerte, alegría y pena. Y el poeta debe volcarse, desarmarse, proyectarse sobre ellos. Poesía humana frente a arte deshumanizado; lirismo apasionado frente al frío caligrama cantor de máquinas. Corresponde esta declaración al año en que se publica el "Romancero Gitano"; estamos, pues, en el principio de su madurez poética. Sin embargo, en las notas de su conferencia gongorina (1932) aparece una noción nueva: la de cautela. El poeta que avanza por su rumorosa selva, debe preocuparse de una superior vigilancia: sirenas engañosas, fealdad disfrazada de belleza, espejismos, metáforas falsas, facilidad excesiva, halagos populares, desorden. He

aquí como siete pecados capitales, siete saetas amenazadoras de la belleza integral. Como Valéry, ha aprendido que el número de quilates de una poesía está en razón directa del número de soluciones que se rechazan. "La fuerza de rechazar —dice Juan Ramón Jiménez— mide la capacidad moral de un hombre en el orden de la conducta; mide la verdad de su estilo en el orden del arte; mide, finalmente, en el orden de su vitalidad el peso de su creación". (4) A esta cautela, más que a su famosa indiferencia, o abandono, habría que atribuir la distancia que hay entre la fecha de redacción y de publicación de muchas de sus obras. Algunas de ellas, como el *Poema del Cante Jondo* (1931), dejan pasar no menos de diez años desde que se escriben hasta que se publican. Y cuando alguna de sus obras como el *Poema de la Soleá* sale a luz en el intervalo (Nueva York, 1930, Instituto de las Españas), las dos versiones aparecen distintas, lo que prueba que los años de inedición no son de desgana sino de pulimento. El resto de su obra, en cambio, no ofrece cambios de interés. Las variantes son muy escasas. (5) Las formas son de-

finitivas, y si alguna vez la expresión es imperfecta lo es con plena conciencia. A este respecto es muy interesante la declaración preceptiva que hemos copiado con el número 3.

Sobre este punto se equivocaba "Andrenio" —tan patriarcalmente comprensivo de las nuevas fórmulas— cuando achacaba en algunos de los romances gitanos la falta de "la elaboración y la ordenación de las imágenes", "gemas poéticas sin engastar" (6). Creo que ello es cierto, pero que se trata en todo caso de un desorden adrede, donde la misma imperfección busca un efecto poético de contraste. Puede afirmarse resueltamente, pues, la conciencia artística del poeta servida por esa cautela esencial a que se ha aludido.

En cuanto a la manifestación que se ha copiado con este número 3, conviene subrayar el sentido ecléctico que con su plena madurez artística hace suyo el poeta. El sentido platónico de la embriaguez del poeta poseído por un dios, "por la gracia infusa del señor Dios", como decía el neoplatónico cuatrocentista Juan Alfonso de Baena, junto a la concepción aristotélica

que hace de la poesía un esfuerzo imitatorio hecho por medio de un aprendizaje. "Poeta por la gracia de Dios... y por la gracia de la técnica y del esfuerzo, y de darme cuenta en absoluto de lo que es un poema". Advertencia doble para los que, de un lado, ven a García Lorca como un simple e ingenuo poeta popular, y para los que, de otro, lo conceptúan como un preocupado constructor de laberintos.

- 1.—"La Gaceta Literaria", 15 de junio de 1928.
- 2.—"La imagen poética en D. Luis de Góngora". (Obras Completas, vol. VII. Editorial Losada).
- 3.—Gerardo Diego: *Poesía Española*, Madrid. 1934.
- 4.—A. Reyes: *Los dos caminos* Madrid. 1920, pág. 72.
- 5.—Publicase, por ejemplo, el romancillo del "Árbol" (*Canciones*) con el estribillo levemente modificado.
- 6.—"La Voz". Madrid, 6 de agosto de 1928.
del libro *Federico García Lorca*. Editorial Guillermo Kraft Limitada. Buenos Aires. 1948).

Iglesia Abandonada

(Balada de la Gran Guerra)

Por Federico García Lorca

Yo tenía un hijo que se llamaba Juan.
Yo tenía un hijo.
Se perdió por los arcos un viernes de todos los muertos.
Lo ví jugar en las últimas escaleras de la misa
y echaba un cubito de hojalata en el corazón del sacerdote.
He golpeado los ataúdes. ¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Mi hijo!
Saqué una pata de gallina por detrás de la luna y luego,
comprendí que mi niña era un pez
por donde se alejan las carretas.

Yo tenía una niña.
Yo tenía un pez muerto bajo la ceniza de los incensarios.
Yo tenía un mar. ¿De qué? ¡Dios mío! ¡Un mar!
Subí a tocar las campanas, pero las frutas tenían gusanos
y las cerillas apagadas
se comían los trigos de la primavera.
Yo ví la transparente cigüeña de alcohol
mondar las negras cabezas de los soldados agonizantes
y ví las cabañas de goma
dónde giraban las copas llenas de lágrimas.
En las anémonas del ofertorio te encontré, ¡corazón mío!

cuando el sacerdote levante la mula y el buey con sus fuertes
[brazos,
para espantar los sapos nocturnos que rondan los helados pai-
[sajes del cáliz.]

Yo tenía un hijo que era un gigante,
pero los muertos son más fuertes y saben devorar pedazos de cielo.
Si mi niño hubiera sido un oso,
yo no festería el sigilo de los caimanes,
ni hubiese visto al mar amarrado a los árboles
para ser fornicado y herido por el tropel de los regimientos.
¡Si mi niño hubiera sido un oso!
Me envolveré sobre esta lona dura para no sentir el frío de los
[musgos.]

Sé muy bien que me darán una manga o la corbata;
pero en el centro de la misa yo romperé el tímpano y entonces
vendrá a la piedra la locura de pingüinos y gaviotas
que harán decir a los que duermen y a los que cantan por las
[esquinas:]

él tenía un hijo.
¡Un hijo! ¡Un hijo! ¡Un hijo!
que no era más que suyo, porque era su hijo
¡Su hijo! ¡Su hijo! ¡Su hijo!

La nueva filosofía de Teilhard de Chardin

Por Lorenzo Vives

Las conquistas de la ciencia en todos los aspectos del saber, obligan a establecer una nueva Filosofía de postulados científicos. Tiempo ha que se aboga por un tronco religión—filosofía—ciencia, para satisfacer las verdaderas ansias de conocer de una élite, que si no pesa por su masa, sí debería hacerlo por la calidad que representa. Pero, intereses creados dificultan tal logro hasta el punto de que las tres ramas del mismo tronco quieren continuar distanciadas, y una de ellas, con el privilegio de estar por encima de toda especulación y experimentación. Y ello acarrea, sin lugar a dudas, un retraso en el comprender de toda la trama del Universo.

La misma teoría de la evolución ha continuado presentándose descarnada debido, precisamente, al desprecio que cierto sector científico le ha dedicado, y si es cierto que las teorías escuetas primeras, debido, precisamente, a ser primerizas, pecaban de exceso de optimismo, también lo es que encerraban un pósito de verdad que todos deberían reconocer. Tanto la selección natural como la influencia del medio no son factores decisivos, pero sí determinantes. Esperábamos un reconocimiento de parte de los hombres del pensamiento religioso ortodoxo, pero no venía. Obras de hombres de la iglesia—padres Pujula, Barnola, etc.—rehuían el tema de la evolución de las especies; le daban un rodeo porque no se atrevían a tratarlo de frente. Pero he ahí, que un jesuita, hombre ilustre, miembro de muchas asociaciones científicas de todo el mundo, y de la comisión que estudió los restos del *Sinanthropos* ú *Hombre de Pekin*, salió a la palestra dando su valiosa opinión de eminente biólogo. Me refiero al Padre Teilhard de Chardin, fallecido en Nueva York, el año pasado, a los 75 años de edad, dejando una

enorme labor inédita que se va poniendo al conocimiento del público acucioso.

Ya en Francia, en vida del sabio, habían circulado hojas poligráficas, que contenían la idea central de la filosofía del ilustre jesuita. Y, posteriormente, la editorial DU SEUIL, de París, editó su libro *LE PHÉNOMÈNE HUMAIN*, libro que, a pesar de ir dirigido a un medio muy bien preparado en conocimientos científicos, tuvo una acogida tal, que en cuatro meses se agotó una edición de veinte mil ejemplares. Después de muerto el autor, la otra editorial francesa ALBIN MICHEL, ha publicado, después de ser revisado por una comisión de sabios entre los cuales figuran nombres ilustres conocidos: Paul Rivet, el Abate Breuil, Julián Huxley, Juan Pivetau, Arndt Toynbee, etc. la obra de Teilhard de Chardin *LE GROUPE ZOOLOGIQUE HUMAIN*, con un prefacio de Juan Pivetau, de la Academia de Ciencias, de Francia.

El autor relaciona el aspecto científico con su visión teleológica del problema del hombre y da a conocer su pensamiento acerca de nuestro origen, en el que, lo religioso se une, amorosamente, con lo filosófico y lo científico. Admite al hombre como el producto de una larguísima evolución que abarca miles de millones de años, en cuyo período hay éxitos y fracasos, pero que todo camina, desde un principio, a la consecución del hombre.

La preocupación máxima de Teilhard, es el misterio de la cerebración. Este fenómeno que partiendo del pez devoniano termina tan estupendamente en el hombre actual, y en cuyo desarrollo contemplamos una involución en la que lo nuevo envuelve a lo anterior.

La idea central de la biología de Teilhard de Chardin, es el

hombre. El hombre siempre en desarrollo global, que va del punto inicial Alfa, al cenital Omega, o sea, del átomo a Dios. Y así, su Universo ha de tener una representación especial en la que, la curva de la evolución del hombre es una espiral en la que se pasan lugares semejantes, mas no idénticos, en las distintas esferas que el sabio considera en este Universo teilhardiano en el que el hombre se desenvuelve. Estas esferas son: la energoesfera, la biosfera y la nooesfera que corresponden a las fases de la energía primera, a la de la vida y a la de la mente.

En un principio no había materia, sino la substancia original, integrada por electrones siempre en movimiento dirigido por una mente que los obliga a juntarse según ciertas afinidades que dan lugar a los átomos, y éstos a las moléculas, a las partículas, etc. La mente, pues, es lo que existía desde la eternidad, siempre por sobre de la materia, que es regida por ella. El hombre, en su evolución, ha de pasar por diferentes estados: de hombre primigenio, al sapiens, al faber y al social. Es ahora que está entrando en esta fase social con sus intentos de uniones sociales-políticas y estatales que pueden llevar al estado universal y a la creación de la conciencia universal con solio en todo el planeta, de la que puede salir la otra conciencia cósmica cuyo centro es el punto final Omega, o Dios, incognoscible, pero intuible. Todas estas zonas tienden a la concentración mental, pues la etapa vital, estrechándose a medida que la evolución se acerca al punto Omega, se aparta de la zona ancha del principio en la que la conciencia estaba difusa. La evolución teilhardiana, contempla, pues, los dos aspectos humanos: el físico y el mental. A medida que éste se acerca a la fase final, su conciencia va pa-

sando por otras etapas correspondientes a las distintas esferas: conciencia de lo externo, durante cuyo tiempo el hombre se considera uno de tantos seres que lo circundan; conciencia de la conciencia, que es cuando el hombre se siente un ser aparte, un micromundo; conciencia universal, en la que se encuentra actualmente, y en la que quiere formar un solo anhelo con todos sus semejantes para conseguir logros en todos los terrenos, y por fin, la última etapa de su evolución es la de la conciencia cósmica, en la que ya no le basta sentirse un ser terrestre, sino que que aspira a ser un habitante del Cosmos y por tanto desea ponerse en contacto con los seres de los otros mundos.

Hemos dicho, que la época actual se manifiesta como conciencia social-política universal. El hombre ya no vive como antes en su concha más o menos vasta, necesita como el mismo aire que respira, unirse con fines que ni él mismo puede definir, con todos los hombres de la tierra, para conseguir la unión que luego ha de llevarlo a la suprema aspiración, que es el de unirse a la conciencia cósmica. Y véanse ya los intentos de conseguir nuevos mundos y hasta la fiebre colectiva promovida por los reales o ficticios platillos voladores, es síntoma de que se acerca esta nueva fase de la evolución humana en la que bien podría aparecer el superhombre previsto.

El ilustre sabio desaparecido, tiempo hacía que estaba escrutando en el cielo de la Filosofía, y ya en Bergson, en sus ideas capitales de "duración", "evolución creadora" y "conciencia intuitiva" había hallado material para relacionarlo con su idea personal, pero sobre todo, últimamente sus contactos con Le Roy, el discípulo y sucesor de Bergson, autor de varios libros entre los que queremos citar *LE PROBLEME DE DIEU*, le movieron a edificar su hermosa teoría teológica y teleológica al mismo tiempo. Porque el sabio ve al hombre desde el principio. El hombre estaba constantemente en la idea de Dios, y así, ya en la primera plastidia—el primer ser protoplasmático—estaba encerrado el hombre, para cuya aparición definitiva se requerían

millones y millones de ensayos en un tiempo de centenas de miles de millones de años. La prefijación del hombre desde el principio, supone, ya, un sentido teleológico a toda la evolución.

Es difícil sintetizar en pocas líneas una doctrina científico-filosófica de la índole de la que nos ocupa. Sólo nos mueve el propósito de dar la idea central para despertar los deseos de los amantes del conocer con el fin de que vayan a indagar en los propios libros del ilustre sabio

que ya han aparecido y que hemos citado. Otro libro de uno de sus discípulos, *L'UNIVERS PERSONEL DE TEILHARD DE CHARDIN*, de Francois-Albert Viallet, contribuye a hacer comprender todo el pensamiento de su maestro.

Teilhard de Chardin estaba movido por un gran afán de verdad. Este afán, precisamente es lo que nosotros apreciamos más del ilustre desaparecido, pues en estos momentos caóticos, son hombres de la talla de él

que hacen falta, para remover algo las aguas quietas del mar del conocimiento.

Leyendo sus libros, uno se da cuenta de que no es original, pues mucho se ha dicho acerca de la evolución de las especies en pro y en contra, pero su aportación tiene un valor insospechado, pues viene a darle, a la evolución, un carácter teológico que nadie le había dado. Sí, el hombre es un producto de tantos y tantos experimentos realizados en el inmenso laboratorio del

Cosmos, pero todos los experimentos iban dirigidos según un plan preestablecido y que convergía en la aparición de la conciencia en la vida, para lo que se hacía imprescindible el fenómeno misterioso de la cerebración. Claro que esta existencia de una intención primera, da campo a la aparición de muchos problemas también de orden teológico, pero que pueden ser resueltos, o por lo menos explicados, con el auxilio de la unión de la Ciencia y la Filosofía.

Prosas de Myriam Francis

A UNA MARIPOSA MUERTA

Dios miró una vez al viento arrastrar pétalos de rosas y de pensamientos, y dióles vida antes de que llegasen al suelo; y el mundo se llenó de mariposas.

Tú fuiste acaso un par de pétalos de camelia, así eras de blanca y pura. Y ahora estás muerta, inmóviles tus alas que supieron de temblores y de ritmos, alejada para siempre de jardines y boscajes. Antes que tú existieras, y para tí, ya había azahares en las ramas, rosales trepadores en los muros, amapolas en los trigales, se llenaban de orquídeas los troncos centenarios, y hasta en las tumbas florecían varas de nardo!

Eras mensajera de la primavera y del estío. En el altar todo blanco del limonero florecido eras como una hostia palpitante; y volando sobre el río semejabas una vela diminuta que llegaba de algún país de ensueños.

Ahora estás muerta, volandera mariposa blanca. Te soltaré en el viento, y así parecerá que vuelas esta tarde llena de sol y de aromas, y acaso podrás ir hasta el azul una vez más, con tus propias alas...

LA TUNICA DE CRISTO

Cuenta la leyenda que un soldado romano obtuvo por la suer- te la túnica del Nazareno, que

fué jugada mientras su dueño, un Dios, moría en la cruz.

Un día, un esclavo del soldado tocó la túnica; estaba enfermo y se curó al instante. Otra vez, el propio romano, que venía padeciendo de males del alma, por casualidad púsose en contacto con la túnica sagrada y al hacerlo, una paz profunda invadió su ser y se sintió sano de espíritu.

Poco a poco, por casualidad, fué demostrando el poder milagroso del manto de Jesús, que curaba los males del alma y las llagas del cuerpo.

— o —

La túnica de Cristo es inmensa. Cubre el Universo entero. Se sostiene de las estrellas, queda prendida de los rayos del sol, se extiende sobre las aguas, se posa sobre los lirios. No la vemos, pero ahí está, como esperando que tendamos nuestras manos y la toquemos, cuando necesitemos tener valor en la lucha, serenidad en la mente, alegría en la tristeza, consuelo en la angustia, alivio en el dolor, bondad en el corazón, luz en el alma!

MAYO DE LIRIOS

El calendario florido del año se detiene especialmente en mayo, cuando la tierra se adorna con un manto de lirios que relucen con las primeras lluvias—las lluvias de mayo— tan diferentes

de las otras lluvias. Cuando llueve, en mayo, el agua cae retzona, coqueta, tibia de sol, jugando entre las ramas florecidas, y sus gotas, luminosas, forman hilos de cristal que se irisan en mil tonalidades de rosa, de lila, y sobre todo, de oro.

Y hay lirios por doquier. Es cierto que ya se fueron los lirios rojos que en el verano brotaron como llamaradas de la tierra. Pero todos los demás lirios se dan cita bajo el palio de cristal del agua de mayo, desde los más modestos que brotan entre las piedras a la orilla de los caminos, como manchitas sonrosadas, hasta los fastuosos lirios blancos con estambres negros, traídos de la lejanísima Uganda.

Y en las noches, todas las gotas de agua de la lluvia dorada de sol que cayó por la tarde, se han convertido, sobre las copas sedeñas de los lirios blancos, rosados, en las gotas de luz que son las luciérnegas.

Mayo, mi dulce y florido mes de mayo, es un cestillo de lirios bordados de lentejuelas.

Lirios de ilusiones. Lirios de ensueños. De esperanzas y de recuerdos. Lirios del alma.

PREGON DE LAS FLORES

"Hortensias azules dalias encarnadas, jazmines de nieve rosas perfumadas!"

Por la calle empedrada viene la vendedora de flores. Muy negro el cabello, morena la piel, amplía la roja falda que la niña recoge con gracioso ademán, descalzo el ágil pie... Sobre la cabeza de rizos rebeldes, la enorme cesta cargada de flores semeja un jardín en embriaguez de primavera.

Claveles de todos colores siemprevivas doradas, nardos, alelías, violetas moradas!...

Va la niña calle abajo ofreciendo su fragante mercancía a todas las novias felices que se asoman a la reja al oír su pregón musical:

Hermosas magnolias, y también margaritas de golos blancas y rubias cabecitas!...

Me asomo al balcón. La dulce pregonera pone a mi alcance su tesoro suave y lleno de aroma:

Gardenias y orquídeas bella señora, para lucirle esta noche al que la adora!

Y mi mano leve se hunde en la cesta fragante, y tomando un ramillete de miosotis, las simbólicas flores del recuerdo, le digo con sonrisa triste:

Quiero miosotis, mi niña la flor más delicada, a ver si me recuerda el que me tiene olvidada!

EL SILBATO

Relato desnudo que puede llegar a vestirse

Por Guido Fernández

El Cura bajó por el camino lentamente, agrietando la panza de la yegua con las espuelas. El barro parecía interminable. De cuando en cuando la lluvia limpiaba las piedras, pero inmediatamente una corriente de lodo las volvía a cubrir.

Media hora de tropezones, caídas y hostigamientos pasó la bestia. Por fin se asomó por encima de un alto mango la cúpula de la iglesia y se oyó, más lejos, el runrun de un río que bajaba el tobogán de los montes.

Unos naranjales, después un puente y de último el pueblo.

El calor brotaba de la tierra húmeda y en las cercas sudaban los itabos un rocío de mediodía. Las puertas de la iglesia bostezaban de aburrimiento, mientras los comemaíces del campanario, que habían hecho su nido con pajas robadas a los ranchos, dormían de pie la siesta de las docenas.

Cesó la lluvia y el cielo volvió a ser claro. Los campesinos auspiciaban su pereza debajo de los naranjos, unos en hamacas, otros en esteras; para ellos todo era igual y el sueño los ponía ausentes.

Entró donde Give. Sacos de maíz y frijoles desbordados; telarañas entre las lámparas de canfín y los estantes y un bacalao pródigo en moscas.

—Un vaso de agua, por favor.

—No hay fresca, padre. Si quiere una ginebrita...

Miró en redondo y sorprendió el rostro escrutante y bigotudo de dos campesinos que habían levantado el ala del sombrero para mirarlo.

—No, prefiero un fresco.

Give era gordo y aplastado contra el suelo. Con mil trabajos subió al estante más alto y desempolvó una botella.

—Qué calorazo, ¿verdad?— dijo mientras la servía.

—Es cierto, qué calorazo.

—¿Va muy lejos?

—Me quedo aquí.

—Entonces usted es el nuevo padre?...

—Nuevo en todo sentido.

—Sí, está jovencito.

Pagó, pero Give rechazó los cuatro reales.

—Muchas gracias. Espero verlo por la iglesia pronto.

—No hay de qué. Por ahí nos vemos, Padre.

Siguió hacia la iglesia, que se alzaba en un montecillo ruinoso, incolora y sin más aliño que una imagen de Santa Bárbara en la pared del frente.

Give echó el vaso en uná palangana de agua mugrienta.

—Pichoncito el cura. Quien sabe pa que pueda domar la yegua.

Uno de los campesinos lanzó por la ventana un salivazo:

—Palabra. No sabía que a la Nemesia le decían también yegua.

Los tres rieron, y mientras Give acomodaba la botella vacía bajo el mostrador, el campesino se echó un puñado de maíz en el bolsillo.

— o —

—¿Dónde está la casa cural?

El mocosito dejó de buscar abejones en la boñiga y señaló una dirección con sus manos sucias. El cura marchó hacia allá pero le fué imposible entrar. La puerta del rancho estaba sellada con dos insolentes tablones de poró viejo en forma de cruz inclinada.

Fué entonces al templo. Moho y polvo cubrían el altar de la sacristía. Las paredes eran gruesas pero el tiempo empezaba a socavarlas. Un ratón se alojó en el hueco que había hecho en el pedestal de un Cristo deslustrado y magro.

El cura tiró las alforjas sobre el camón de madera que estaba arrinconado, y fué a abrir las puertas de la iglesia. Ni una banca había sobre el suelo, y los ladrillos de éste se confundían

con la tierra apisonada. —En el púlpito, dos tablas rotas. Dos floreros con mustios tallos de heliotropo despedían un hedor de agua putrefacta. Un candelabro cubierto de esperma y el ara manchada de aceite negro.

—Padre, yo soy Nemesia.

Bien pudo haber sido cualquiera de aquellas pordioseras que todos los días iban a la puerta del Seminario por las sobras de comida.

—Nemesia, la que cuida, la mayordoma...

—Mucho gusto.

—Usted va'perdonar. No había volvido porque estaba con rematismo. Pero ahoritica le tengo esto com'un ajo. Dos meses que no se barre. La caraja de Pura ni un trapo pasaba por el altar.

—¿Pura?

—M'hija, padre. Era la mayor.

—Murió?

—No, pero se arrejentó con uno de los Vargas, qu'es como morise. Pa mí ya no es hija. Además, el Padre Sancho le dijo a todo el mundo que no le hablaran.

Subieron al campanario por una escalera de caracol cuyos peldaños estaban podridos por una enorme gotera. Desde arriba, la monotonía era más ofensiva. Un azul desdibujado daba al paisaje un matiz bélico. Sólo un techo de zinc se divisaba a lo lejos, resplandeciente, como una moneda de plata en un charco.

Cuando bajaron, una mujer descalza y con rebozo negro los esperaba.

—Est'es Tencha, la del medio, Padre. Me v'ayudar mientras me pongo al día con la limpieza. ¡Andá cogiendo la escoba para darle una barrida a la sacristía, pasmada! Padre, podría trese un gato. En este pueblo hay más ratones que sinvergüenzas.

—¿Por qué prohibió el Padre Sancho que le hablaran?

—A Pura? Se juntó con uno

de los Vargas y se jué de la casa. Todo el mundo la cogió entriños. Onde los Bustamante no le dieron canasta para las cojidas, y cuando nació la chacalina, Give no quiso levantarse pa'vender alcol. Tuvieron que usar guaro'e cabeza...

—¿Y Usted no estaba ahí?

—Pos la verdá le digo, no quis'ir... El padre me dijo que iría, pero a la larga tampoco jué... Sólo Tencha la atendió y la güila casi se les muere porque no había con qué cortarle el ombligo. Viera qué trifulcas...

—No me mienta, Nemesia.

—Que me joda pa toda la vida si miento, Padre. Ni un cuchillo había en el rancho. El tal Vargas es un sinvergüenza que todo lo que coge se lo bebe.

—No me refiero a él. Me refiero al Padre Sancho. ¿Por qué ibas a asistir al parto?

—Ah... Eso es otra cosa. Aquí hay mucho lengua larga, Padre. No se crea que todo lo que le dicen es cierto. Pero el Padre Sancho no creiba en eso del silbato... con el perdón de Usted.

—¿El silbato?

—El silbato, el silbato. No se haga el que no sabe. Eso de aguantarse las ganas. Lo manda la Iglesia.

El cura dió un portazo y se encerró en la sacristía.

Más tarde tomó café en dos sorbos y salió rumbo al rancho de aquel Vargas. Un cerdo comía guineas en la calle y un niño, desnudo y con el estómago inflado por las lombrices, escarbaba la tierra.

—¡Upeee...!

Como nadie contestaba entró al rancho. Apenas dos metros cuadrados de espacio, un fogón y una cama de tablas y bambú. Del techo, en forma de rizados, colgaban cáscaras de naranjas resacas y llenas de ollín.

Entró una india chata y redonda como una tinaja.

—¿Está Leoncio Vargas?

—And'en el monte.

—¿A qué hora regresa?

—Anocheciendo.

—Dígale que vaya a la iglesia, quiero hablarle.

La india movió la cabeza afirmativamente y siguió atizando el fogón, sudorosa e impasible.

— o —

La luz de la candela ya se acababa cuando tocaron la puer-

ta de la sacristía. El cura cerró el libro.

—¿Quién es?

—Tencha.

—¿Qué quiere a estas horas?

—Abra y le digo.

El viento aprovechó para entrar violentamente en el aposento. Apagó la candela y salió por la ventana.

Tencha se sentó en un banco y esperó.

—Bueno, ¿qué quiere?

—Pos nada. Me mandó Nemesia pa'ver si se le ofrecía algo.

—No, no se me ofrece nada. Y no vuelva a visitarme a estas horas.

—No se'noje. Mama creiba que como el Padre Sancho... Yo también lo creiba.

—¡Váyase! Y dígame a Nemesia que de mañana en adelante haré yo solo la limpieza. No necesito de ninguna de ustedes.

Los grillos dejaron de llorar su pequeñez. La noche pareció despojarse de su luto y dos o tres estrellas abrieron los párpados para fisgonear desde arriba.

— o —

De las rendijas de la puerta salían focos verticales de luz.

—Padre, es Leoncio Vargas!

—Pase.

Se enfrentaron.

—Ayer fuí a buscarlo y no estaba. Le dejé recado. ¿Por qué no vino en la noche?

—Sí estaba, pero mi mujer me negó.

Un silencio breve y luego, como un fognazo:

—Lo llamé para lo de Pura. Quiero saber cómo estuvo todo.

Vargas se rascó la cabeza y dijo sonriendo:

—Me lo imaginaba.

—Cómo fué?

—Muy fácil. Doscientos pesos y listo. Todas las limosnas de la cuaresma juntas.

—¿No le da vergüenza?

—Al padre Sancho no le daba. Por qué m'iba a dar a mí? Además, un favor a cualesquiera se le hace. Y bastante que me jodió la condenada. Pura era una... Usté sabe, como la mama. Hijo de tigre...

El silencio quemaba. Afuera, el sol esclavizaba ya a la hierba y las tejas vivían de nuevo su infierno.

—Y a todo esto, ¿por qué tanto interés en la cosa, Padre-cito?

—Anoche vino Tencha, cuando ya estaba acostado.

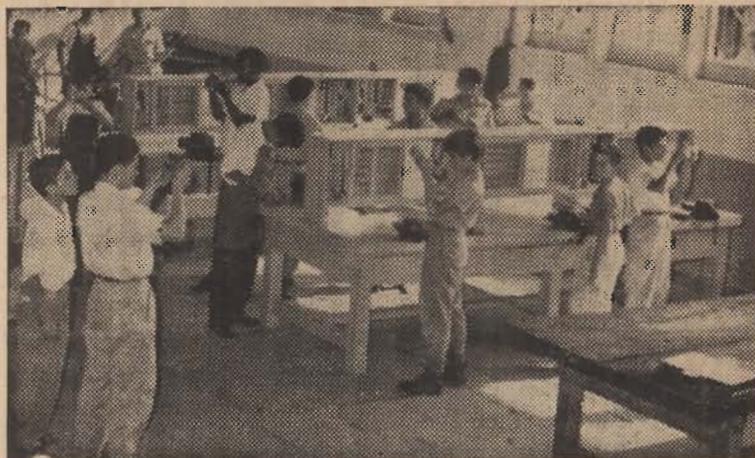
—Haberlo dicho antes! ¿Y cuánto ofrece usté pa'que yo cargue con el muerto, si es que ya hay muerto?

La excitada respiración del cura fué la única respuesta. Estaba rabioso.

—Bueno, perdone. Me voy, pero ya sabe que estoy pa'servirlo. Lo único es que el costo de la vida ha subido desde que se fué el Padre Sancho. Por si acaso, la india, mi mujer no es torba.

En un comodín.

**COLEGIO VOCACIONAL
DE
ARTES Y OFICIOS
(COVAO)
CARTAGO, — COSTA RICA**



En los talleres gráficos de este Colegio se imprime "BRECHA".

Usted bien puede apreciar el alto valor artístico de su impresión y formato

Mande a su muchacho a aprender con nosotros: **tipografía, mecánica general, automotriz, ebanistería y sastrería.**

ENSEÑANZA TEORICA Y PRACTICA

Las manos del cura, crispadas, se metieron en los bolsillos de la sotana. Leoncio se marchó hacia donde Give a pedir ron colorado.

El ratón que se alojaba en el pedestal del Cristo asomó la cabeza, y como estaba el campo

libre cruzó la sacristía rápidamente. El cura recobró su aliento, vió al animalillo y fué a taparle el hueco con unos periódicos.

El Cristo balbuceó unas palabras, pero seguía clavado en su cruz.

Librería Antonio Lehmann

PIDA LISTAS DE CUALQUIER RAMO

ESPECIALIZADOS EN LIBROS

CIENTIFICOS

ARTE

NOVELAS

EL 20 DE OCTUBRE debutó Teatro de la Prensa con la hilante obra "Ud. tiene Ojos de Mujer Fatal" del autor español Enrique Jardiel Poncela.

Significa la aparición de este nuevo conjunto de teatro, un despertar del arte de Talía que los chicos de la prensa desean sea de proyecciones positivas dentro del ámbito cultural de la nación.

En el instante de escribir esta nota ya lleva varios días seguidos de triunfos el conjunto que sin ser profesional, ha cosechado fácilmente los aplausos del público que se arracima noche a noche para admirar la capacidad histriónica y las dotes excepcionales que poseen los jóvenes y entusiastas actores que desde el Teatro de Cámara de la Prensa están demostrando que los periodistas se proyectan en todos los campos culturales del país, sin omitir el teatral de significada importancia y de relevancia en cualquier nación que pretenda haber llegado a cierto grado de madurez intelectual y cultural.

El conjunto de la prensa no tiene nada que envidiar a cualquier otro que tenga el mismo carácter de aficionado que tiene éste. La labor es de conjunto, y los actores, todos a una, con afán de superación desde la primera presentación, han podido ir demostrando que de verdad existe pasta de artistas en los que por afición y por fineza de espíritu se entregan al arte de Talía.

Es digno de citar al grupo en general, sin hacer calificaciones particulares. Vargas Gené, Joaquín, se manifestó como actor de primera línea. Hernando Arias Gómez supo darle contenido a su papel, llevándolo desde la dignidad y la soberbia al principio, cuando es el conquistador por antonomasia, hasta el otro triste de conquistador conquistado que llora por su mujer idealizada y lee versos cursis y propios que de lo que menos tienen es de poesía fina ni nada que se le parezca.

Guillermo Malavassi como noble nervioso e interesado en servir del conquistador para lograr una herencia evitando que su deudo se case con una extraña, estuvo ágil y poseído. Las señoritas que actúan están bien. María Eugenia Rodríguez en el papel estelar se portó a la altura. Margarita Briceño con adustez y dignidad desde el principio hasta el fin. Paulina Brenes, en el papel de histórica se portó como

Brújula Quieta

estrella y no presentó un solo lado por dónde se le pudiera criticar en su actuación. Rosalía Alvarado en el papel de Duquesa supo ponerle toda la solera y todo el colorido de española que su papel exigía. María de los Angeles Loria como Duquesa mantuvo durante su actuación el aire aseñorado y la elegancia propia de gran dama. Rigoberto Desplá, como argentino, ganó los aplausos y la simpatía de la asistencia que le reconoció su innegable ca-

pacidad de actor de larga trayectoria y mucha experiencia (único en el conjunto con conocimiento de las tablas).

No podemos anotar que la presentación fue todo lo rigurosamente buena que debe serlo. Hubo fallas que es necesario reconocer. Porque por momentos en algunos cuadros decayó la movilidad, la dinamicidad que el diálogo merecía. Pero luego, se retornaba a la superioridad y se puede afirmar categóricamente

que la obra estuvo bien en un noventa por ciento del tiempo ocupado en su representación. Se puso corazón y talento y se sabía que se estaba en el principio de lo que está llamado a ser una gran corriente de presentaciones teatrales que irán aumentando de tono —hasta llegar al teatro de tesis, duro y con problemática— conforme pase el tiempo.

Si es necesario referir que este conjunto de teatro empezó siendo nada más que un grupo de gentes con buena voluntad y con deseos de ayudar a la Asociación de Periodistas de Costa Rica para que ésta se trascienda mucho más en la obligante labor de cultura que está llamada a desplegar. Y lo está haciendo. Y más fecundos serán los resultados conforme pase el tiempo. Y la Asociación de Periodistas cumplirá con sus obligantes deberes dentro de nuestra colectividad.

Nosotros, al hacer esta ligera reseña que tiene mucho de gaceta y nada de crítica, saludamos a los periodistas nacionales, diciéndoles que su labor es apreciada en el país y que bien hacen en responsabilizarse plenamente de sus deberes culturales para con la nación que ve en ellos una palanca y una fuerza social que mucho bien puede traer a nuestro amodorrado ambiente.

TENEMOS EL GUSTO de publicar la siguiente carta que habla por sí sola:

Colonia del Zarzal,
Charnartín de la Rosa,
Madrid, 15 de Abril
1956.

Señor don Luis Barahona Jiménez.

Embajada de Costa Rica.

Mi distinguido amigo:

Perdóneme el no haber contestado aún a su carta. Vivo dedicado a trabajos que me consumen todo el tiempo.

Sólo hace muy poco he leído el libro SUMA DE CLARIDADES de Alfonso Ulloa Zamora. Me pedía Ud. un juicio franco. Ahí va: me parece una poesía limpia, diáfana, de un pensamiento noble y emocionado y excelente dicción.

Y no es esto correspondencia al Canto a España, que como español he agradecido y leído con emoción, sino mi pensamiento sincero.

Su afmo. servidor y amigo,

Dámaso Alonso.



Una Mano de Pintura Ayudara a Venderla

Una mano de buena pintura aumentará el valor de la propiedad —la hace mas atractiva a posibles compradores— y la protege contra pudrimiento y deterioro.

Pero asegúrese usando pintura hecha por fabricantes EXPERTOS y que se venda por comerciantes responsables. Esa es la clase que tenemos—PINTURA 100% PURA marca GENERAL.

La PINTURA 100% PURA GENERAL es sin igual por su calidad duradera y por eso MAS económica que sus similares.

Solicite la carta de colores gratis para efectuar un buen trabajo de pintura.

LA GENERAL PAINT fabrica una linea completa de Barnices, Lacas y Esmaltes



GENERAL PAINT CORPORATION

COMPAÑIA ERIC C. MURRAY, S. A.

— San José —

Teléfonos 3056 — 5013 Apartado 1867

NOE SOLANO, nuestro insigne dibujante y caricaturista, acaba de ser premiado en la última reunión de la SIP en la Habana. ¡Albricias!

Hombre callado, humilde, pues, como todos cuantos están seguros de su propio valer, no necesita de trompetería barata, hasta su silencioso estudio de artista auténtico le llegó la noticia del premio, en el cable que todas las agencias noticiosas transmitieron y que los diarios publicaron con unánime alegría.

Nosotros nos sumamos muy sincera y jubilosamente a las innumerables personas que han abierto sus brazos para estrechar al simpático artista en esta ocasión; y de todo corazón deseamos que siga cosechando triunfos y premios en su limpia carrera de dibujante y caricaturista eximio.

LA RAÍZ PROFUNDA

Ha llegado a inquietar *Brújula Quieta* "La Raíz Profunda" de Gonzalo Dobles, editado en San José por la Editorial Trejos Hermanos y ganador de un premio de poesía en la ciudad de Guatemala. En la solapa del libro dice:

"Gonzalo Dobles nació en la ciudad de Heredia. Hizo sus estudios secundarios en San José y obtuvo en la Universidad Nacional el título de Licenciado en Leyes. Muy joven escribió poesías que se publicaron en periódicos y revistas del país. Desde entonces no ha dejado ni un solo día de trabajar en la mina de sus inquietudes y sembrar en el surco de su alma. Ha servido posiciones importantes en la Administración de Justicia. Su obra literaria está influenciada, en su mayor parte, por la poesía de Antonio Machado, Darío; Juan Ramón Jiménez. Lleva publicados varios libros de versos que se han agotado. En sus poesías hay emoción y armonía. Ha conquistado laureles en muchos certámenes literarios del país y extranjeros".

Esta presentación nos lleva al conocimiento de Gonzalo Dobles, nos dice de sus influencias poéticas y de su trabajo incesante en los predios de la literatura, de la poesía principalmente.

"Raíz Profunda" se divide en dos partes: "Voces de la tierra" y "Ventanas en la noche"; sólo una relación muy tenue hay en-

La Lavadora más barata del mundo

Hoover



Cumple una misión social

Lavadoras H OOVER

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO

50 varas al Norte del Correo

Teléfono 4433 — Apartado 2783

ENRIQUE LIMOSNER A.

tre estas dos partes de este libro. "Raíz Profunda" se sitúa en lo material, en la tierra, es una raíz hincada profundamente en nuestro barro, en nuestro lodo y desde ahí, canta y se eleva como un frondoso árbol poético, poesía sencilla y doméstica alguna, otra, inspirada y etérea, pero siempre

atadas a la raíz que está y es parte de nuestra tierra.

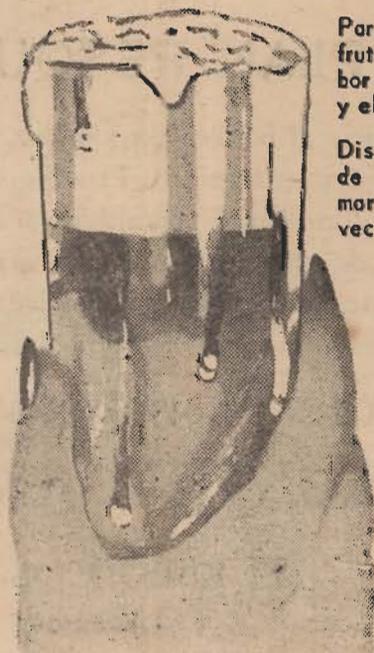
"Ventanas en la noche" es una poesía que corresponde más al desasociado emocional, es honda no en la tierra sino en el alma, busca desasirse, hacerse noche o día o nube, pero irreal e intangible.

PILSEN

SABROSA ES POCO!

Para su optimismo... para su placer disfrute de PILSEN la cerveza delicada de sabor inconfundible que demuestra la exactitud y el balance de fabricación.-

Disfrute Ud. también de ratos inolvidables de placer, placer de saborear, placer de tomar PILSEN... la cerveza que alegra dos veces.-



MIGUEL MACAYA & Cía.

MAQUINARIA AGRICOLA E INDUSTRIAL, LTD.

Maquinaria para la Agricultura y la Industria.

Maquinaria Agrícola en una línea completa.

Tractores "International" (de Ruedas y de Oruga).

Motores Diesel "Petter".

Equipo para construcción de carreteras.

Compresores de aire "Worthington".

Equipo de Refrigeración.

Surtido de Repuestos.

Soldadoras Eléctricas y Autógenas "Marquette".

Bombas para agua "Worthington".

Equipos para Fumigación de café y árboles "Myers".

Aplanadoras y Motoniveladoras "Galion".

Palas Mecánicas "Link-Belt".

Quebradores de Piedra "Universal".

Taller de Servicio.

Consulte nuestros planes de Financiación.

EDIFICIO INTERNATIONAL

50 varas Norte Hotel Europa.

Teléfonos: 5830 - 5831

Apartado: Letra "A".

EL CONSEJO NACIONAL DE PRODUCCION

Impulsa las Actividades Productoras de Riqueza

EL PLAN PESQUERO NACIONAL

No solamente beneficia al público consumidor, sino que significa un positivo estímulo para un sector importante de la industria costarricense. El Plan ha beneficiado a los consumidores garantizándoles pescado de primera a precios sumamente ventajosos; a los empresarios nacionales dedicados a la pesca les ha garantizado precios justos de compra y mercado seguro para el fruto de sus esfuerzos. El Plan Pesquero Nacional es una realidad que beneficia a los costarricenses, y es un gran esfuerzo conjunto del Consejo Nacional de Producción, del Ministerio de Agricultura e Industrias y del Sistema Bancario Nacional.

EL CONSEJO NACIONAL DE PRODUCCION ES UNA INSTITUCION
NACIONAL QUE PROTEGE LOS INTERESES DEL
PUEBLO COSTARRICENSE